

**S.I.P.**

SPACIAL  
INTERNATIONAL  
POLICE

# PRIMERA MISIÓN



**W. SAMPAS**

## PRIMERA MISIÓN



Primera misión

por

W. SAMPAS



EDICIONES TORAY, S. A.  
Arnaldo de Orne, 51 — 63  
**B A R C E L O N A**

© EDICIONES TORAY, S. A. —1960  
Depósito legal: B. 8.457 — 1960  
Número de Registro: 2.936 — 60

IMPRESO EN ESPAÑA  
PRINTED IN SPAIN

---

Impreso por ED. TORAY, S.A. —Arnaldo de Oms, 51 — 53—  
Barcelona

# PRIMERA misión



# CAPÍTULO PRIMERO



DONALD CALLOWAN tuvo conocimiento desde el mismo instante en que el poderoso vehículo penetró en los jardines que rodeaban la parte anterior del monumental edificio de la Spacial International Police, en Washington.

Que la llegada de aquel coche hubiese llamado la atención de una de las telefonistas, afortunadamente colocada junto a uno de los ventanales del segundo piso, era una cosa más que natural. Porque aquel banderín que el auto llevaba sobre su guardabarros derecho era conocido en todo el mundo, no solamente por el círculo rosado que le servía de insignia, sino por las letras que se habían hecho famosas en el mundo entero: «C. M.» (Consejo Mundial).

El que un miembro de aquella poderosa organización viniese personalmente a la sede central de la SIP era motivo de suficiente importancia para que la precitada señorita se precipitase a comunicar al jefe la llegada de un personaje de tan elevada categoría.

Así, cuando el dictáfono dejó de hablar, Callowan frunció el entrecejo, preguntándose, sencilla y llanamente, qué «tripa podía habersele roto» al inesperado visitante que, en aquellos momentos, debía estar subiendo, en uno de los ascensores, «rumbo a su despacho».

En efecto, instantes después y tras el permiso que por el dictáfono había dado Donald, la puerta se abrió, dando paso a un

hombre de alta estatura, cabellos plateados, impecablemente vestido, con un rostro cuidadosamente rasurado y una sonrisa simpática y agradable en su boca regular, centro entonces de la atención de Callowan, que vio que el rostro no ofrecía nada de particular.

Tras abandonar su sillón giratorio, Callowan fue al encuentro del recién llegado, estrechando calurosamente la mano que el otro le tendía.

—Tome asiento, por favor, señor...

—Me llamo William F. Whitemore, señor Callowan —aclaró el hombre, sentándose en el cómodo sillón que el jefe de la SIP le había indicado. Después, ampliando la sonrisa—. No me extraña que no me conozca, ya que he sido nombrado en el Consejo hace poco menos de una semana,

Callowan se sentó, después de haber ofrecido su famosa caja de habanos al visitante, que olió uno, antes de encenderlo.

—¿Son estos los famosos cigarros puros que usted fuma, cuando acaba un caso?

Donald sonrió a su vez.

—Ya veo que mis pequeñas costumbres se han hecho populares...

—Me contaron esto hace bastante tiempo, cuando aún no era más que un miembro de la Sección Americana del Consejo.

—Lo comprendo. Pero lo que no le dijeron es que fumo solamente habanos hasta que algo me lo impide. Es una vieja costumbre que me impuse poco después de hacerme cargo de la jefatura de la SIP.

—Curioso.

—Desde luego.

Habían encendido los vegueros y un humo azul, tenue y serpenteante empezaba a flotar sobre el ambiente cálido de la estancia.

—Usted dirá, señor Whitemore, en qué puedo serle útil.

El otro hizo un gesto de asentimiento con la cabeza después:

—Comprendo que le haya extrañado mi visita; pero, por favor, no se alarme: lo que me trae aquí es más un capricho que otra cosa y, por el momento, afortunadamente, ninguna cosa grave me

impele a reclamar sus excelentes servicios,

—Mejor que sea así.

El otro asintió de nuevo, haciendo comprender a Callowan que dudaba, costándole un esfuerzo el entrar de lleno en el asunto que le había llevado allí.

Y a pesar de que acababa de afirmar que el asunto no era importante, Callowan se dijo que la importancia podía tenerla para él, puesto que se había decidido a visitarle personalmente.

¿No se trataría de una recomendación para el ingreso de algún familiar en las filas de la Spacial International Police?

Ante tal idea, Callowan se estremeció.

Porque no era la primera vez que tal cosa iba a suceder, con las consecuencias funestas de que, como había ocurrido siempre, los recomendados eran los menos aptos para incorporarse al SIP, organización que se nutría de los elementos seleccionados de la sociedad mundial, desechando a muchos que valían más que los pocos que Callowan se había visto obligado a admitir, muy en contra de sus principios.

Pero, desde que el mundo es mundo, la recomendación es un arma que muchísima gente no sabe lanzar con el desprecio que merece.

Y este Whitmore podía ser uno de ellos.

Nuevo en el Consejo, había creído en el poder ilimitado de sus atribuciones, tomando sus caprichos por ley.

—Verá usted, Callowan...

Las palabras del visitante alejaron las sombrías ideas de la mente de Donald que, deseoso de terminar de una vez, animó al otro:

—Diga lo que sea, amigo mío. Si lo que necesita está al alcance de mi mano, ya puede considerarlo como concedido.

El rostro del otro se iluminó.

—¡Es usted muy amable, señor Callowan! —exclamó, con una vehemencia algo ridícula e infantil.

Después de una pausa y sin dejar de sonreír, seguro ya de que sus deseos iban a convertirse en realidad:

—Se trata de mi sobrina Sophie...

Donald se alarmó, pero su rostro no reflejó nada de lo que

sentía.

—Es la hija de mi hermano Charles y de su esposa, ambos desdichadamente fallecidos en un accidente de helibus, hace ya unos años...

—Lo siento de veras.

—Gracias. Sophie es, ya lo comprenderá usted, como si fuera mi hija. Desde que sus padrés fallecieron, yo me he encargado de su educación, de sus estudios. Ahora es periodista y trabaja para nosotros.

—¿Para el Consejo?

—Sí. Escribe en la Revista Mundial, preferentemente temas sociales y de ese tipo.

—Entiendo,

—Naturalmente, el campo de acción, como dice ella, es bastante restringido en nuestro planeta. Sophie tiene mucha ambición, una ambición sana y noble, entendámonos. Joven, decidida, desearía hacer algo importante.

—Es natural.

—Sí, es natural —repitió el otro, que miraba ahora hacia un punto del suelo, situado entre sus bien lustrados zapatos—. También le he dicho yo que debe hacer algo bueno, una cosa que le permita convertirse en una colaboradora asidua de la Revista.

—¿Y qué puedo hacer yo por esa encantadora joven? —intervino Callowan, deseoso de conocer los propósitos de Whitmore.

—Voy a decírselo enseguida, señor Callowan: Sophie quiere ir a escribir algo sobre los cultivos hidropónicos en Marte.

—¡Muy interesante!

—Sí, tiene usted razón. Antes de venir aquí, hablé por tele-radio con el Presidente de la «Hidroponic Cultur Corporation», al que conocí hace tiempo, en una reunión económica del Consejo.

Donald preguntó:

—¿No es el señor John W. Weld?

—En efecto. Veo que lo conoce.

—De oídas solamente.

—Bien El señor Weld me ha dado toda clase de facilidades; pero, al mismo tiempo, me ha informado de ese ambiente

desagradable que existe en ciertos sectores de la explotación... quiero decir en los que están servidos por...

—Lo sé, amigo mío. La «H.C.C.» nos pidió hace dos años hombres para las zonas de cultivos llamados «profundos», en lo hondo de los lagos marcianos. La petición se apoyaba en que los obreros comunes no querían trabajar en las condiciones que se necesitaban en aquellos lugares.

—Recuerdo que leí un amplio informe... También recuerdo que la HCC argüía que prestaba a los obreros toda clase de elementos de seguridad para la inmersión.

—Sí, pero los obreros voluntarios no quisieron saber nada y la HCC tuvo que recurrir a nosotros, ya que acababa de dictarse una ley considerando los hidropónicos como cultivos urgentemente necesarios para la Tierra.

»Después de una votación general en el Consejo, donde la tesis logró mayoría absoluta, se aceptó la petición de la HCC, concediéndole mil doscientos condenados, procedentes de todas las penitenciarías del mundo y afectados todos por una condena perpetua.

—Y son precisamente esos hombres los que han causado disturbios últimamente.

—Lo sé. Me informaron; aunque no dependía de mí, sino de los servicios de seguridad planetaria de Marte.

—¡Es que Sophie quiere ir allí!

—¿Por qué? La extensión de los cultivos hidropónicos normales es lo suficientemente amplia para poder escribir un grueso volumen.

—¡No conoce usted a mi sobrina, señor Callowan! En realidad, todos los jóvenes poseen esa especie de acicate reformador, esa ansia de establecer una justicia que, en realidad, nosotros lo sabemos bien, es imposible.

—Su interés es noble, señor Whitmore, pero sigo considerando que la visita a aquellas zonas especiales puede encerrar ciertos peligros.

—Estoy con usted, amigo mío. Por eso he venido aquí.

¡Por fin!

Aquel hombre había estado dando vueltas alrededor del motivo

que le había llevado a la SIP; pero empezaba a decir algo.

—¿Por eso? —inquirió Callowan, con una fingida inocencia.

—Si. Enseguida lo comprenderá usted todo... Yo no puedo, naturalmente, dejar que Sophie visite aquellos lugares...

—Es natural —intervino Donald.

—...sola —concluyó el otro.

Donald preguntó:

—¿Qué quiere usted decir?

—Que mi sobrina, puesto que se le ha metido en la cabeza visitarlo todo, debe ir acompañada por un hombre capaz de sacarla de cuantos atolladeros puedan presentársele. Y ese hombre, señor Callowan, no puede ser más que un agente de la SIP.

Donald se rascó la barbilla con vehemencia.

Comprendía perfectamente el deseo de aquel atribulado tío. Pero la situación de la plantilla de la SIP, en aquellos momentos, era un verdadero problema.

—Estoy sin agentes, señor Whitemore; puede creerme. Hay muchísimos asuntos pendientes, aunque no graves, también es verdad. Y todos los buenos agentes están ocupados en este momento.

La voz del otro se hizo suplicante.

—¡Debe hacer algo, señor Callowan! Sophie sale dentro de dos días y no puedo dejarla sola. Compréndalo usted...

—Lo comprendo perfectamente; pero...

La idea acababa de surgir.

No era una idea luminosa. Y, en el fondo, aquello disgustaba a Callowan, ya que habría necesitado un agente experimentado para acompañar a aquella caprichosa muchacha.

Un hombre fuerte, con voluntad, dispuesto a tener en todo momento las riendas, sin dejarse influir por la que iba a acompañar, aunque fuese la mujer más maravillosa del mundo.

Porque Donald preveía «problemas».

Conocía demasiado el mundo y a los hombres para no saber que la misión que debía encargar a uno de sus agentes era delicada más que peligrosa, y al mismo tiempo tremendamente complicada.

El otro le miraba en silencio, con los ojos abiertos y la ansiedad reflejada en el rostro.

—¿Entonces? —inquirió, no pudiendo resistir más.

Callowan suspiró profundamente.

—Bien, señor Whitmore; voy a concederle lo que desea.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias!

—Pero de todos modos quiero prevenirle que, no teniendo ningún agente experimentado al alcance de la mano, debo emplear a uno de los que acaban de salir de la Escuela.

—No importa todos los hombres de la SIP me merecen confianza completa. Además, entre nosotros, la misión de ese joven no será excesivamente difícil, ya que debe limitarse a cuidar de mi sobrina.

Callowan sonrió.

—¿Y cree que no será difícil?

—No. Es verdad que Sophie es caprichosa: pero en el fondo es una excelente y juiciosa muchacha; puedo asegurárselo.

—Mejor es así. ¿Dónde ha de ir mi agente?

—Al Hotel Carlon de Nueva York. Sophie está allí, pues saldrá del Espaciódromo de La Guardia. La llamaré por teléfono o quizá me acerque a verla y decirle que un agente de la SIP la acompañará. Sí, me acercaré esta misma mañana.

—Mi agente llegará mañana por la mañana al Hotel Carlon.

—¡No sé cómo agradecerle...!

—No tiene importancia.

Se habían puesto en pie y Callowan le acompañó hasta el ascensor, donde le estrechó la mano.

—Ya sabe dónde me tiene, señor Whitmore.

—Y usted ya sabe que puede encontrarme en el Consejo... para lo que desee.

—Agradecido.

Llegó el ascensor y el mozo se hizo a un lado para que el personaje penetrara en el aparato. Momentos después se cerraban las puertas y Donald, tras quedar unos momentos allí, giró sobre sus talones y se dirigió de nuevo a su despacho.

Una vez sentado ante la mesa, pulsó el botón del intercomunicador.

—¿Diga?

—Póngame con la Sección de Archivos, señorita.

—Enseguida, señor.

Y cuando consiguió los archivos, Callowan preguntó:

—¿Platz?

—El mismo, señor.

—Pase a la televisión de mi despacho las fichas de los tres muchachos que salieron de la Escuela la semana pasada.

—Bien.

—¿Dónde están?

—En las Salas de Reserva, señor.

—¿Servicio permanente?

—Sí. Hasta que alguno de los otros regrese,

Donald sonrió

Luego dijo.

—Nunca hemos tenido tal escasez de agentes, ¿verdad Platz?

—¡En efecto, señor!

—Bueno. Pásame eso a la pantalla.

—Inmediatamente.

Se silenció el intercomunicador y poco después la gran pantalla que ocupaba la pared, frente al despacho, se iluminó, al tiempo que automáticamente disminuía la iluminación de la estancia.

«Leo Coeller» —dijo la voz del altavoz.

Las imágenes se sucedieron, mostrando a un joven que estaba realizando una serie de ejercicios en el patio de la Escuela. Luego pasó a una de las aulas, donde le fueron planteados toda clase de problemas teórico-prácticos.

Era como un anticipo de lo que le esperaba como agente.

Luchas inesperadas, problemas de orientación, tests psicológicos, uso de armas y aparatos, orientación espacial, cuestiones de gravedad en distintos mundos, identificación rápida por cien procedimientos distintos.

Donald observaba al muchacho con atención.

Al mismo tiempo en uno de los ángulos de la pantalla se iban dibujando los datos de la puntuación obtenido por el alumno en cada prueba.

«Frank Foster» —anunció el altavoz.

Otro joven luchando con el difícil examen, peleando con cada

problema, con aquella sonrisa que todos los miembros de la gran familia de la Spacial International Police poseían siempre, aun en los momentos más difíciles, «Mike Chase» —dijo aún el altavoz.

Un nuevo agente, nuevas escenas, peleas, luchas, problemas...

Cuando terminó la proyección, se iluminó de nuevo el despacho, al tiempo que la pantalla se tornaba opaca y luego casi invisible.

Donald encendió un habano, y mientras lo consumía reflexionaba, sopesando los pros y los contras.

Por fin se decidió.

Alargó la mano y pulsó el intercomunicador.

—¿Diga?

—Ordene al Servicio de permanencia que manden aquí, ahora mismo, al agente Mike Chase.

—Enseguida, señor.

## Capítulo

# II



RA un muchacho alto, de amplias espaldas, cabellos oscuros y ojos azulados. La piel del rostro estaba bronceada por el contacto con el aire libre.

—Siéntate, Mike.

—Sí, señor.

Callowan le contempló durante unos instantes, mientras su cerebro trabajaba intensamente.

Luego comunicó:

—Tengo una misión para ti, muchacho.

Los ojos de Mike brillaron con mayor intensidad, pero no dijo nada.

Y Donald, con un acento un tanto doctrinal, dijo:

—Va a ser tu primera misión, Mike: la que va a darte el espaldarazo definitivo, la que te convertirá en un verdadero agente de la SIP.

—Sí, señor.

Algo había estallado en la mente del joven, algo maravilloso, que le llenó el cuerpo con una sensación de agradable calor.

¡Por fin había llegado la hora ansiada!

Desde aquel momento iba a dejar de ser un alumno recién salido de la Escuela de la Spacial International Police para convertirse en un verdadero agente, en un hombre que había de demostrar, en la dura práctica de la lucha contra el crimen, todo lo que durante cuatro años sus profesores le habían enseñado, paciente y detalladamente.

No se atrevía a decir nada, pero ardía de impaciencia por saber la misión que Donald Callowan iba a confiarle. Ya se veía, en cualquier parte del universo conocido, peleando contra bandas científicas, luchando contra traficantes del espacio, imponiendo la ley y la justicia, como un caballero andante de los tiempos modernos.

Callowan le contemplaba.

Un esbozo de sonrisa asomaba a sus labios, ya que comprendía todo lo que el joven pensaba como si le fuera posible leerlo sobre un libro abierto.

¿Qué más natural?

Le daba pena tener que tirar por el suelo los castillos de arena que el joven levantaba, impelido por la impaciente mano de su fantasía.

Así, sin dar importancia a sus palabras, dijo:

—Ya comprenderás, Mike, que tu primera misión no puede ser lo que estás pensando ahora,...

El joven se estremeció.

—Pero yo... —intentó decir.

—No debes preocuparte. Todos hemos pasado por ese momento: el de la primera misión. Y es sana, noble y normal esa ambición que latió en nosotros al desear que la primera fuera definitiva, importante, trascendental.

Y después de una pausa dijo:

—De la misma manera que en la Escuela has ido progresando de lo sencillo a lo complicado, de lo fácil a lo difícil, de la misma forma has de esperar que tu primera misión sea relativamente sencilla; aunque, a decir verdad, no hay misión sencilla, por mucho que lo parezca.

Mike suspiró y fue como si su entusiasmo acabase de desinflarse.

Hasta se atrevió a inquirir:

—¿De qué se trata, señor?

Donald explicó:

—De acompañar a una joven, la sobrina de un personaje del Consejo, a Marte.

—¡Ah!

Había mucha desilusión en aquel «ah». Y Donald no pudo evitar una sonrisa.

Luego, con una voz de inflexiones rígidas, dijo:

—No es bueno considerar despectivamente ninguna misión. Ya te han enseñado en la Escuela que jamás debe uno colocarse por encima de un trabajo. Al hacerlo, el agente pierde facultades, ya que considera el problema inferior a su capacidad. El noventa por ciento de los fracasos, Mike, nace de esa confianza estúpida en sí mismo.

—Perdone, señor.

—No debo perdonar nada, sino prevenirte. Puede que al acompañar a una joven te parezca una misión estúpida, un acto digno de una niñera o de una señorita de compañía. Pero en el momento en que pienses que esa joven es la sobrina de un hombre importante y que no debe sucederle nada, ¿entiendes?, ¡nada!, te darás cuenta de que pueden presentarse dificultades.

—Lo comprendo, señor.

—Eso está mejor. Vais a ir a Marte, a la zona controlada por la más importante compañía de explotación de los cultivos hidropónicas. ¿Has leído algo de la HCC?

—Todo lo publicado en el Boletín de la SIP, señor.

—¿Lo recuerdas?

—Todo.

—Bien. Así sabrás que existen ciertos problemas en las zonas de cultivos profundos. ¿No es así, Mike Chase?

—Sí, señor Callowan: ha habido algunos conatos de motines entre los cultivadores enviados desde las prisiones de la Tierra.

—En efecto. La señorita Whitemore desea, precisamente, visitar esos lugares.

—Comprendo.

—Es muy posible que no ocurra nada, ya que las últimas

noticias recibidas de Marte hablan de qué las protestas se han calmado y que el trabajo sigue normalmente; pero, de todos modos, esos hombres salidos de las cárceles, todos ellos condenados a cadena perpetua, no son de fiar.

»Verdad es que se les paga como a obreros corrientes y que, debido a un procedimiento legal implantado hace poco, van, con el trabajo, disminuyendo la duración de su pena, de tal manera que cinco años allí, sin dar motivo de queja, podría hacer que saliesen en libertad vigilada hasta que se comprobase su buena fe.

—Lo sé, señor.

—De todos modos, los «jaleos» registrados en esas zonas demuestran que fueron condenados con justicia y que, la mayor parte de ellos, son incapaces de reintegrarse al mundo de la ley. Son inadaptados, débiles psíquicos, sádicos, vehementes, temperamentales o asesinos natos.

—Tendré cuidado, señor.

—Lo sé. Te he elegido entre los tres que habéis salido recientemente de la Escuela, no sólo por el resultado que has obtenido en los exámenes, sino por la notación de tu test «libido-emocional».

Mike sonrió.

Recordaba perfectamente aquella fase de los estudios, llevada al terreno práctico de Nueva York, donde se les hacía convivir durante el desarrollo de una misión con muchachas atractivas, que hacían lo imposible por distraer o desviar a los agentes de su misión especial.

Pero él había demostrado que, sin dejar de interesarle normalmente el bello sexo, sabía prescindir de él cuando un deber requería todo su tiempo y toda su atención.

—No es motivo de broma —dijo Callowan, al que no se le había escapado la sonrisa del joven—. El hombre es un ser complejo, de reacciones Imprevisibles Y los agentes de la SIP son hombres...

»Podría demostrarte ahora mismo, con nuestros archivos, los rotundos fracasos que se cosecharon cuando un agente se enamoró, o creyó enamorarse, en plena misión. Algunos, por desgracia, lo pagaron con su propia vida.

—He leído mucho de eso, señor.

—Me alegra que lo hayas hecho, y creo que no tengo que decirte nada más. Tengo confianza en ti y sé que llevarás a cabo esta misión de manera perfecta. Una vez sentado que no se debe despreciar ningún trabajo, ya que todos son importantes, puedes empezar el tuyo... Aquí tienes —agregó, tendiéndole una nota— la dirección de esa joven en Nueva York, la carta de presentación y las hojas suplementarias de tus credenciales de SIP autorizándote a trasladarte a Marte, en misión de servicio. ¡Tú primera misión! No lo olvides.

—No lo olvidaré.

Callowan estrechó la mano del joven y le vio partir, no pudiendo impedir que los recuerdos acudiesen a su mente.

También él, hacía mucho tiempo, muchísimo, había tenido su primera misión.

\* \* \*

—¡Voy! ¡Ya voy!

Salíó de la ducha, echándose el albornoz sobre el cuerpo por el que corrían las gotas de agua. Después de haberlo cerrado, se pasó las manos por los cabellos, intensamente negros y se ató un lazo atrás.

—¡Un momento!

Se puso las babuchas y corrió hacia la puerta, abriéndola.

—¡Tío William!

Se echó a los brazos del hombre, mojándole el rostro.

—¡Por favor, Sophie! ¡Que me estás empapando!

Rio la joven, cogiendo la mano de su tío y haciéndole entrar, después de haber cerrado la puerta.

—Siéntate ahí, tito. En seguida me visto..., ¡un momentito nada más!

—Bien.

—¿Quieres tomar algo?

—Contigo, después...

—Como quieras.

Desapareció la muchacha, Quince minutos más tarde volvió vestida con un traje sastre, de corte impecable, que realzaba su

natural belleza.

Deteniéndose en medio del living, Sophie giró graciosamente, imitando las posturas de una modelo de modas.

—¿Te gusta, tío Williams?

—¡Muchísimo! ¡Estás encantadora!

Y era verdad.

Alta, esbelta, con un rostro de óvalo perfecto, naricilla un tanto respingona, boca bien dibujada y hermosos ojos negros. Sus cabellos eran del mismo color, abundantes y sedosos.

—¡Voy a darte de beber, tío! ¿«Whisky»?

—Sí.

—Yo también tomaré un poco, con soda.

Sirvió y se sentó luego frente a Williams, recogida como una gata sobre un amplio sofá.

—Has venido a despedirte, ¿verdad?

—Sí —pero no sólo, a eso.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Hay algo más?

—Sí. Vengo de la Central de la SIP

Sophie exclamó:

—¿Eh?

Y como él no dijese nada preguntó:

—¿Ocurre algo malo?

—No —sonrió él—. He pensado que debería acompañarte un agente.

Torció el gesto la muchacha.

Luego, explotando, se quejó:

—¿Cómo? ¿Has hecho eso, tío Williams?

—¡Pues claro! ¡No querrías que te dejase sola en esos lugares tan poco seguros!

Lanzó ella una carcajada.

—¡Pero, tito! ¿No te das cuenta del ridículo que voy a hacer?

—No comprendo.

—¡Una niñera! ¡Un hombre pegado a mí, como si tuviese once años! protegiéndome de los «ogros», de los «malos». ¡Por Dios, tío! ¿En qué has estado pensando?

—No debes tomarlo a broma. Ciertas zonas de Venus son verdaderamente peligrosas...

—¡No digas!

—Es cierto, pequeña.

—¡No me llames pequeña, por favor! Siempre me tomaste por una niña. ¡Y soy una mujer!

—Ya sé que eres una mujer, Sophie; pero, de todos modos y precisamente por eso, no debes ir sola a ciertos lugares.

—¡Vaya posición la mía!

—¿Qué quieres decir?

—¡Que voy a ser el hazmerreír de todos mis compañeros! ¡Imagínate! Se carcajearán en cuanto sepan que has movilizado a un agente de la SIP para acompañarme. ¿Es que la Spacial International Police rio tiene nada más que hacer que dedicar sus preciosos agentes a acompañar a las chicas?

William torció el gesto.

No le gustaba el tono empleado por Sophie.

—Precisamente —dijo—, el señor Callowan, el jefe de la SIP, me dijo que no había ningún agente disponible...

—¡Ese Callowan es un sol y un hombre lógico!

—... y que por eso iba a encargar la misión a uno salido recientemente de la Escuela de la SIP.

—¡Lo que faltaba! ¡Un novato a mi lado! ¡Insoportable desde todos los puntos de vista! Porque ya te darás cuenta, tío, de que uno de esos niños, recién salidos del horno, será pesadísimo y se tomará su trabajo tan en serio que pronto terminaré por aburrirme.

—Pero, sobrina...

Ella había encendido un cigarrillo y lo fumaba furiosamente, con rabia.

—Óyeme, Sophie; he obrado así porque quiero estar seguro de que nada malo puede ocurrirte. Comprende que ésta es la primera vez que sales de la Tierra. Y que vas sola. Nunca me perdonaría no haber tomado previamente todas las medidas a mi alcance.

Ella le sonrió.

—Eres muy bueno, tío. Aunque, francamente, y ya sabes que no te he mentado jamás, me desagrada muchísimo lo que has hecho; me sacrificaré, dejándome acompañar por ese «novatillo», al que, a

fin de cuentas, tendré que ser yo quien vigile y cuide como una madre.

—¡Eres tremenda!

—Ya verás como no me equivoco.

—No vayas a creer que son muchachos inexpertos, han pasado cuatro años de entrenamientos intensos.

—Pero de nada le servirán contra mí.

El hombre se alarmó.

—¿Qué intentas decir, hija mía?

—pue le haré pasar muy malos ratos, tío.

—¡Tú no harás eso!

Ella rio de nuevo a carcajadas. Después, dominándose, dijo:

—No temas, tío; no le destrozaré... del todo.

—¡Sophie, por favor!

—¿Qué?

—¡Un poco más de seriedad! ¡Veamos!

—Seré buena, tío William; no tendrás ninguna queja de tu sobrinita. De verdad.

—Eso es otra cosa.

—Seguro. ¿Y cuándo llega mi Caballero Protector, sí puede saberse?

—Mañana.

—¡Estupendo! ¿Le has dado mis señas?

—Callowan se las habrá dado.

—¡Perfecto!

Whitemore se amoscó. Y mirando severamente a su sobrina la censuró:

—¿No te estás riendo de mí, Sophie?

—¡De ninguna manera! ¡Si eres un sol de tío!

Y se lanzó sobre él, besándole en la cara.

—¡Alto! ¡Alto! ¡Vas a arrugar mi traje!

—¡Es verdad! Antes eran las mujeres las que, al ser besadas, se quejaban de su traje, su peinado o su maquillaje. Ahora sois vosotros, los hombres importantes del Consejo del Mundo, que queréis parecer siempre impecables, distinguidos...

—No querrás que vayamos en mangas de camisa, ¿verdad?

—¡Claro que lo querría! En otros tiempos, como he visto en el cine y en las hemerotecas, los hombres de este país eran más...

William preguntó:

—¿Más qué?

—Más normales. Iban en mangas de camisa, como tú dices y se reunían de aquella forma, sin preocuparse del aspecto de las cosas, sino de su contenido.

—Los hombres de nuestra responsabilidad debemos dar una impresión neta, limpia, correcta, de nosotros mismos. Sólo así se puede confiar en nosotros, ya que el orden en nuestro atuendo debe ser reflejo de nuestra moralidad y de nuestros principios.

Ella se puso a aplaudir, con fuerza.

—Bravo, señor Whitmore, miembro importante del no menos importante Consejo Mundial! ¡Habla usted como un libro!

El hombre sonrió y poniéndose en pie exclamó:

—¡Basta de burlas por hoy, nena! He venido a sacarte un poco, a llevarte a comer conmigo y a despedirnos con unas copas.

—En un local chic, ¿no es así?

—¡Naturalmente! Iremos al «American Palace». ¿Qué te parece?

—¡Magnífico! Lástima que no hayamos podido invitar a mi querido Caballero!

—¿Por qué?

—Hubiese sido divertido. Porque estoy segura de que se hubiera puesto un hermoso traje de etiqueta...

—¡Eres imposible! ¿Vamos, pequeña?

—Sí, tito. ¡Vamos!

## Capítulo

# III



OS cinturones, por favor!

Mike se pasó el suyo, al tiempo que se dejaba oír el silbido del aire, al abandonar el cohete de servicio entre Washington y Nueva York, su velocidad supersónica.

Vibró un poco el coloso, sacando sus alas para planear antes de posarse en la pista del Espaciódromo de La Guardia.

Cuando el aparato se detuvo, Mike, mientras se ponía en pie, después de quitarse el cinturón, echó una ojeada a través del espeso vidrio de la claraboya, mirando, al fondo las formidables astronaves, una de las cuales saldría aquella misma noche hacia Marte.

¿Cuál de ellas?

Se encogió de hombros.

Igual daba una que otra. Lo importante, lo fundamental, era que su primera misión iba a comenzar no de la manera que había esperado; pero, de todos modos, había salido de la Escuela e iba a actuar como un agente de la SIP.

Un agente «de verdad».

Un vehículo le llevó poco después por el aire hasta la terraza del

edificio del «Carlon», donde un empleado se apoderó de sus maletas, precediéndole hacía los «descensores».

—Tiene usted la habitación 2098, señor Chase.

—Bien.

Una vez instalado, Mike no deshizo más que una de sus dos maletas y se cambió de traje. Luego fue hacia el interfono y se puso en comunicación con la Recepción.

—¿La habitación de la señorita Whitmore? —inquirió.

—La 3278, señor.

—¿Quiere ponerme con ella, por favor?

—Inmediatamente, señor.

Mike oyó el zumbido de la llamada y contó cinco; después, bruscamente, descolgaron.

Una voz sumamente agradable inquirió:

—¿Hello?

Mike preguntó:

—¿Señorita Sophie Whitmore?

—Sí, soy yo. ¿Quién llama?

—Mike Chase, de la SIP. He sido designado para...

Ella le cortó y el tono de su voz se hizo más risueño, hasta un poco burlón:

—... cuidar de mí, ¿no es así, señor Chase? ¡Encantada de saberle aquí! Porque supongo que está en Nueva York

—Estoy en el «Carlon», señorita.

—¿En el hotel?

—Eso es: habitación 2098.

—¡Magnífico!

Hubo una pausa, demasiado larga para Mike, que, nervioso, no sabía qué decir.

La muchacha le sacó del aprieto, con soltura y naturalidad.

—¿No cree que podríamos vernos, señor Chase?

—¡Estoy a sus órdenes! —se apresuró a decir él, encantado de que el molesto silencio se hubiese terminado.

—¿Qué le parece en el bar... dentro de cinco minutos?

—Muy bien.

—¿Me conoce usted ya? Quiero decir si podrá reconocerme al

ver...me.

Mike dijo:

—No he tenido ese gusto aún, señorita.

Ella dejó escapar una risita aguda..

—Estaré en el bar, junto a la barra. Llevo un traje azul eléctrico y un sombrero del mismo color. Soy morena, uno sesenta y siete de altura. ¡Perdone que le de esa clase de detalles, pero a un policía son los que más pueden interesarle!

Mike no sabía de nuevo qué decir.

Aquella manera de expresarse que tenía ella le sumía en un estado de indecisión que juzgó ridículo.

Por eso, con una voz que deseó fuera viril y seca contestó:

—Bien, señorita. Estaré en el bar dentro de cinco minutos. Hasta ahora.

—Adiós.

Esperó a que ella hubiera cortado y se quedó con el microteléfono en la mano, mirándolo como si hubiera sido capaz de seguir a la muchacha a través del espacio.

Cuando colgó, encendió un cigarrillo para calmar aquella inquietud embarazosa que se había apoderado de él. Pensó que sus temores se estaban realizando fatalmente. Desde que Callowan le comunicó su «misión», había temido que la muchacha fuese una de aquellas insoportables intelectuales que salían de las Escuelas de Periodismo: una mujer «sabelotodo», pedante, que había digerido mal cuanto había estudiado y leído y que lo servía, al desdichado interlocutor de turno, sin ton ni son, lanzando sobre él un alud de aplastantes estupideces que, casi siempre, por no decir siempre, no venían a cuento.

Y por el tono burlón de la voz de ella, era sencillo imaginársela, desenvuelta, satisfecha plenamente de sí misma, con aquel gesto despectivo que las intelectuales muestran hacia los hombres que tienen la suerte de no ser sabios, ni escritores .famosos, ni pintores ilustres, ni jefes de gobierno.

Sintió sudores, mientras se dirigía al bar, imaginando todos los «rollos» que tendría que aguantar en aquella su primera misión, que no auguraba nada agradable.

Una vez en el lujoso bar se dirigió a la barra y pidió un

«whisky» que, francamente, necesitaba.

Y entonces entró ella.

No hacía falta que se colocase junto a la barra, ni que se pusiese un cartel diciendo que era Sophie Whitmore.

Así pensó Chase.

Conque le hubiera dicho por teléfono que era la chica más sensacional que jamás había visto y que bastaba que entrase allí para que todas las miradas, sin distinción de sexo, la siguiesen, admirativas o celosas, irritadas o complacidas, hubiese sido suficiente.

Desde luego el muchacho hubo de confesarse, mientras ella, con unos andares de reina, se acercaba a él, que había que descubrirse ante una muchacha como Sophie Whitmore.

Hizo un poderoso esfuerzo al recordar las palabras de Callowan respecto a la alta puntuación obtenida en su test «libido-emocional».

«Si intenta hacerme perder la cabeza —se dijo, convencido plenamente de su voluntad—, perderá lastimosamente el tiempo...»

Pero ya estaba allí, junto a él, con una sonrisa encantadora y una expresión que parecía corroborar que tampoco le habría pasado inadvertido, en la mesa, un tipo como el de Mike.

—¿Señor Chase?

Se vio obligado a devolverle la sonrisa.

—Sí, señorita Whitmore.

Se estrecharon la mano y él le ayudó, galantemente, a encaramarse en el alto taburete, sentándose después en otro, a su lado.

—Un «whisky» —dijo ella, cuando la «barmaid» se acercó—, pero con bastante soda.

Después, mirando el vaso de Mike, dijo:

—Yo creía que «ustedes» —y dio una especial entonación a aquella palabra, recalcándola— no bebían nunca..., si estaban de servicio.

—Tenemos nuestras normas, señorita. Además no estoy de servicio... todavía.

—¿Ah, no? ¿Quiere decir eso que no corro por ahora ningún peligro?

Decididamente, no le gustaba el tono que empleaba para hablar. Aquella sorna que daba a sus palabras un sonido especial.

¡Lástima que una muchacha tan linda esté tan pagada de sí misma!

—Espero que nunca corra peligro —dijo él, secamente.

—Eso mismo pienso yo —repuso la muchacha, con un tono de voz más vehemente y natural—.

Y como tenemos que convivir algún tiempo juntos y me agrada que las personas que conozco comprendan mi manera de ser, de la que ha sido eliminada la mentira y la hipocresía, quiero decirle que no estoy de acuerdo con lo que mi tío hizo al visitar a su jefe, puesto que considero una verdadera estupidez hacer perder el tiempo, un tiempo precioso desde luego, a un hombre como usted que, en vez de tener que hacer compañía a una muchacha, podía estar realizando algo más...

—...más útil en la lucha contra los fuera de la ley. ¿No era ésa la continuación, señorita?

—¡Evidentemente!

Chase había encontrado su sangre fría y se alegró de que la conversación hubiera tomado aquel franco derrotero.

Así, mirándola con fijeza, pero sin impertinencia, repuso:

—Yo también considero esta misión un poco... especial; pero, lo quiera o no, pertenezco a una organización donde, desde el principio, se nos enseña a obedecer.

—Veo que me comprende perfectamente—dijo ella—. Así no habrá equívocos entre nosotros, puesto que, como se dice vulgarmente, hemos puesto las cartas sobre la mesa.

—Eso es.

—Y si de esta mutua comprensión —siguió diciendo la muchacha—, podemos sacar conclusiones beneficiosas para ambos, llegaremos a estar en esa perfecta armonía, que es justamente lo que por mi parte espero.

—Estoy de acuerdo con usted.

Alentada por aquella marcha hacia sus propósitos, ella continuó con la esperanza de ganar brillantemente la primera baza.

—Ya comprenderá que he de moverme con cierta libertad, señor Chase. Y que, sigamos hablando con franqueza, su sola presencia

puede, en ciertos momentos.

—... serle molesta y hasta importuna, ¿no es eso?

—En efecto.

Y como él no añadiese nada ella dijo aún:

—Creo que nos comprenderemos y que sabrá usted dejarme el campo libre en ciertos momentos. Usted puede descansar en esta estúpida misión y yo podré llevar a cabo mi trabajo sin sentir su presencia a mi lado, cosa que podría influir en la calidad de mis escritos.

—¿Quiere decir eso que he de dejarla sola... en ciertos momentos de su tarea?

—Me ha comprendido usted perfectamente.

—Sí—dijo él, con un gesto—. La he entendido perfectamente. Lo malo es que no podré hacerlo.

—¿Eh?

—Mi trabajo, señorita Whitmore, es el de permanecer a su lado, durante su estancia en Marte, refiriéndome naturalmente al tiempo que dedique usted a las visitas a las zonas de cultivos hidropónicos.

—¡Pero eso es absurdo!

—Estoy completamente de acuerdo con usted: absurdo, pero necesario... para mí, puesto que es el deber que me han impuesto.

Ella estaba irritada y sus ojos brillaban de cólera.

—¡Creí que nos habíamos entendido, señor Chase!

—¡Y nos hemos entendido, señorita Whitmore!

Ambos hemos coincidido en considerar estúpida mi misión, irritante e importuna mi presencia a su lado hasta el punto de hacer que sus «escritos» —y también subrayó intensamente aquella palabra— pierdan calidad. Pero ya ve usted que tendrá que soportarme, ya que yo me debo a las instrucciones recibidas,

Sophie se había vuelto hacia él, con los ojos en chispas.

—¡Es usted más listo de lo que creía, amigo mío! ¡Pero se equivoca al creer que podrá jugar conmigo, como con una de esas detenidas de «mentira» que sirvieron para que usted y otros como usted se ejercitasen! ¡Esto no es la Escuela de la SIP, señor Chase! ¡Y creo que va a pasar algunos malos momentos antes de terminar su flamante «misión» detectivesca!

—Ya los estoy empezando a pasar —dijo él.

El tono de la muchacha cambió, de golpe. Y su voz tornó a llenarse de aquella musicalidad cálida y atractiva.

—¡Oh, perdóneme, se lo ruego!

—No tengo nada que perdonarle.

—Sí. ¡Soy una estúpida! ¡Una niña malcriada y caprichosa! Debía estar agradecida a tío William, al señor Callowan, a la SIP y a usted de que se preocupen de mi seguridad. ¿Me perdona, señor Chase?

—Si usted cree que debo perdonar algo...

—Ya comprenderá que me irritó el saber que iba a estar vigilada, como si tuviera quince años. Tío William me consideró siempre como una niña y ahora ha obrado como, si lo fuese. Pero usted no tiene ninguna culpa y mi deber es facilitar su enojosa misión.

Estaba confundido de aquel giro, que por lo menos era de ciento ochenta grados; pero, en el fondo, se alegraba de que ella pensase así, más normalmente, sin dejarse llevar por histerismos desagradables.

—Puede estar segura —dijo él— de que la molestaré sólo lo imprescindible.

—Tengo confianza en usted. Y además, sinceramente, me alegro de que venga conmigo. Necesito alguien con quien cambiar impresiones, una persona que comparta mi entusiasmo, que opine sobre mis ideas...

«...y que aguante mis «rollos» —pensó él, estremeciéndose por anticipado.

Pero sonriendo dijo:

—Haré lo imposible por complacerla.

—¡Eso me gusta! ¡Ya verá como terminamos siendo excelentes amigos!

Terminó de beber su vaso; luego preguntó:

—¿Le molestaría acompañarme, señor Chase?

—Es mi misión —rio él—; no lo olvide.

—Es que debo pasar por los Almacenes Centrales, donde compraré unas cosas que necesitaré para el viaje. Y no creo que ir de compras con una mujer sea divertido.

—Haremos un sacrificio.

—¡Excelente! Subo a por mi bolso y, mientras, usted «pide un taxi, ¿de acuerdo, señor Chase?»

—De acuerdo.

Ella se alejó unos pasos, pero volviéndose graciosamente propuso:

—Y a propósito: puesto que hemos de vivir juntos una temporada, ¿le importaría llamarme por mi nombre?

—Si usted lo desea así, Sophie.

—¡Claro que lo deseo, Mike!

Y se alejó taconeando.

Él pidió otro «whisky». Lo necesitaba.

Luego se dirigió hacia el «hall», pidiendo a un botones que le buscase un taxi. Y cuando el vehículo se detuvo, ante la majestuosa entrada del hotel, esperó a la muchacha, que no tardó en aparecer, sonriente y deliciosa como nunca.

El vehículo bajó por la Cuarta Avenida, tomando después la calle Veintitrés para desembocar en la Quinta, ante el monumental edificio que los Almacenes Centrales ocupaban allí.

—Hay un pequeño bar en la planta baja —explicó la muchacha—, aunque, si quiere, puede venir conmigo; pero le aseguro que va a pasar un mal rato, puesto que voy a la sección de ropa interior...

Él se sonrojó.

—La esperaré en el bar.

La vio alejarse, mezclándose con el gentío que circulaba por allí, camino de los ascensores.

Penetró en el bar.

Pensando qué debía esperarla un buen rato, decidió sentarse a una mesa, pidiendo algo de comer y siguiendo los incidentes de un partido de rugby que, en aquellos momentos, estaba transmitiendo la televisión.

La recepción era perfecta y el «natural-color-relieve» de primera calidad.

Acabó el macho y un locutor ocupó la pantalla, comunicando que iban a pasarse unas vistas de los recientes acontecimientos en los campos de cultivos hidropónicos de Marte donde habían estallado nuevos conflictos.

Las proyecciones no eran, ni mucho menos, de la calidad de las anteriores, quizá por la neblina que flotaba sobre Marte y que restaba nitidez a las imágenes.

Un hombre de unos cincuenta años, de mirada intensa y perfil aguileño, apareció en la pantalla.

—«Soy John. W. Weld —dijo, con voz firme—, presidente de la Hidroponic Culture Corporation. Respecto al conflicto existente en la zona que llamamos «profunda», de nuestras propiedades, puedo decirles que la situación ha evolucionado favorablemente y que, gracias a la intervención de seguridad de Marte, se ha abortado una acción de boicot, deteniendo a los culpables.

»Ahora ofreceremos a ustedes algunas vistas de nuestras instalaciones, de modo a que se percaten de todo lo que nos hemos esforzado para hacer mínimo el esfuerzo de nuestros empleados.

Aparecieron unos panoramas de las zonas encharcadas y luego unos primeros planos de unos obreros que, con trajes submarinos, trabajaban con el agua hasta la cintura.

La voz del presidente se dejó oír:

—«Estos hombres limpian las raíces de las plantas de la flora patológica de Marte, que tanto daño hace a nuestras cosechas. Como pueden comprobar los telespectadores de todo el mundo, han sido dotados de medios eficaces, que hacen de su labor un trabajo seguro y agradable.

La cámara se hundió en el agua y, ayudada por potentes focos, permitió ver a uno de los obreros que, con una especie de tijeras, enchufadas en el extremo de un tubo de goma, cortaba unas prolongaciones filiformes que rodeaban por completo los troncos flotantes de las plantas.

—«Este obrero —explicó el presidente— corta, con el «secateur» los cuerpos filiformes de la flora parásita, en una lucha que nos ocupa las veinticuatro horas del día. El «secateur» está dotado de un mecanismo termocauterio que destroza los filamentos por completo, ya que esas plantas parásitas pueden reproducirse a partir del menor trozo vivo...

Siguieron algunas explicaciones técnicas más, unas vistas de los magníficos equipos, ofrecidos con todo detalle. Luego se sucedieron unas panorámicas excelentes y, por último, el locutor apareció sonriendo.

—Vamos a ofrecerles ahora, señoras y señores, nuestro habitual programa «Contra el Reloj», recordándoles que esta emisión extraordinaria está patrocinada por la Casa que ha creado el nuevo modelo de «intotransmisor», de tamaño verdaderamente revolucionario...

Mike volvió la cabeza.

Acababa de oír un ruido, viendo que las verjas de los almacenes se cerraban automáticamente, dejando sólo el bar en comunicación con el vestíbulo, completamente vacío en aquellos instantes.

Llamó al camarero y después de pagarle dijo:

—Estoy esperando a una señorita que ha subido a los almacenes.

El otro le señaló la verja.

—Ya no queda nadie, señor...

Mike preguntó:

—Pero ¿no puede estar arriba?

—Imposible. Esta verja se cierra cuando lo han hecho las correspondientes de cada sección. Un mecanismo electrónico cuenta las personas que entran y salen y sólo cuando ambos números son iguales se cierran las verjas.

—Comprendo. Gracias.

Furioso, tomó un taxi, deseando llegar al hotel para decir cuatro cosas a Sophie.

Pero al llegar ante el recepcionista y preguntar por ella le contestaron:

—¿La señorita Whitemore, señor? Volvió hace un rato, pagó su cuenta e hizo bajar su equipaje, tomando un coche...

Mike notó que la saliva pasaba mal por su garganta.

—¿No ha dejado ninguna nota... para mí? —inquirió estúpidamente.

—Ninguna, señor. Lo lamento.

—Gracias.

Se alejó hacia el vestíbulo, experimentando una horrible sensación de ridículo y de fracaso.

Luego, como un sonámbulo, tomó un ascensor y penetró en su habitación, donde se dejó caer en un sillón, sin poder mirar, sin estremecerse, el aparato telefónico que tenía ante él, sobre una

mesita.

—No tengo más remedio que informar-dijo, con voz Carente de tono.

Y descolgó, llevándose el microteléfono junto al rostro.

—¿Diga?

—Póngame con SIP-CENTRAL, señorita. Urgente.

—Bien.

Sentía la piel húmeda y una desagradable sensación pegajosa le hizo moverse, molesto, en su asiento.

## Capítulo

# IV



IGA?

Era la voz de Callowan, y Mike dudó unos instantes; luego, sabiendo que no tenía otro remedio, explicó:

—Soy Chase, señor. Le llamo porque he perdido a la señorita Whitmore.

—¿Eh?

—Sí. Salí con ella, acompañándola a los Almacenes Centrales. Y cuando me di cuenta, se había ido...

—¿Qué importancia tiene eso?

—Es que tampoco estaba en el hotel. Había salido con su equipaje, sin dejar dirección.

—Eso es otra cosa,.. —Y después de una pausa añadió—: ¡Mal empezamos la misión, muchacho! ¿Es que no te enseñaron a vigilar a una persona en la Escuela?

—Lo lamento, señor. Confié en ella, porque me dijo que iba a comprar unas cosas en las que la presencia de un hombre sería molesta para ella, y entonces...

—¡Basta! ¡Te has dejado engañar como un niño! ¿Qué ocurrirá, entonces, en Marte? ¿Te imaginas lo que ocurriría si le sucediese

algo a esa muchacha?

Mike no supo qué contestar.

Y Callowan, al cabo de unos instantes de silencio, dijo:

—¡Puedes jugarle la credencial, muchacho, si vuelve a ocurrirte algo semejante! ¡He prometido al tío de esa chica que no te separarías de ella bajo ningún pretexto!

—No volverá a suceder...

—¡No son promesas lo que deseo, sino hechos! Ya te advertí que un exceso de confianza en sí mismo puede ser fatal, sobre todo para, un agente inexperimentado como tú...

—He dicho que lo sentía, señor. Y si no me considera capaz...

—¡Calla! ¡Ya has dicho bastantes estupideces! Lo que deseo es que nunca más, ¿me entiendes?, suceda algo así. Por el momento, y teniendo que salir, esta noche, no creo que esa chica se vaya muy lejos. Lo que ocurre es que ha querido reírse de ti, demostrarte que tu labor no va a ser nada fácil y que tendrás que abrir mucho los ojos... ¿Lo acabas de entender?

—Sí.

—Demuéstrale, de una manera elegante, que no puede volver a hacer de las tuyas. No importa, entiéndelo bien, que te hagas el pesado y hasta el insoportable. Lo fundamental es que no le suceda nada a esa señorita, cueste lo que cueste. Porque, si ocurriera algo, ya puedes imaginarte dónde iban a llegar los gritos de su tío y, probablemente, los del Consejo Mundial entero.

Hizo una pausa. Después continuó:

—Esto te demostrará, muchacho —el tono de su voz había bajado, haciéndose casi complaciente—, que tu primera misión no era lo que tú creías cuando te la encomendé. Un trabajo, en la SIP, por muchas apariencias de facilidad que tenga, es siempre, importante y los más sencillos suelen ser, muy a menudo, los más difíciles,

—No olvidaré esto, señor.

—Bien, Ahora no te preocupes de nada y vete en cuanto sea hora a la astronave. ¿En cuál partís?

—En el «Eagle», señor.

—Es un buen cacharro, con todas las comodidades y demás... Supongo que podrás vigilarla durante el viaje.

—¡No lo dude!

—Pero no olvides que tu verdadero trabajo empezará en cuanto esa chica llegue a Marte. Ya ves que está decidida a perderte de vista en cuantas ocasiones se presenten. ¡Ten mucho cuidado!

—Lo tendré.

—Así lo espero. ¡Mucha suerte!

—Gracias..., y perdone.

—Ahora no hay que perdonar. Pero si esto se repite es cuando no habrá perdón posible.

Y colgó.

Mike dejó suavemente el aparato en la horquilla.

Estaba furioso.

No contra la muchacha, sino contra sí mismo, llamándose de todo, maldiciendo aquella estúpida confianza que podía, darle serios disgustos, pero tampoco, al pensar en ella, fue flojo en adjetivos.

—¡La muy bruja! ¡Ha jugado conmigo, pero yo le demostraré que no va a ser tan sencillo como en los almacenes!

Terminó de preparar su equipaje y se trasladó al Espaciódromo de La Guardia una hora antes de que se permitiese el paso a la astronave. Luego entró en el aparato y, tras estar instalado en su camarote, fue a cubierta y se sentó cerca de la pasarela, desde donde siguió la entrada de los pasajeros.

Hasta que entró Sophie Whitmore.

Mike no se movió.

La vio dirigirse hacia la entrada de los compartimientos de primera clase, sonriente, hermosa como siempre. Pero Mike estaba a mil leguas de impresionarse por ninguna mujer.

Ni que hubiera sido la Venus de Milo en persona.

No se levantó de su asiento hasta que, una hora más tarde, se cerró la entrada, avisando los altavoces que el viaje iba a empezar.

Tenía su plan.

Así, sonriente, se fue a la oficina del sobrecargo, quien le recibió con una sonrisa.

—¿Qué desea?

—Cambiar de clase, señor —le enseñó su credencial—. Pertenezco a la SIP y resulta que la persona que deseaba seguir y

que yo esperaba se alojaría en primera, ha ido a tercera

—Cuenta conmigo, señor Chase.

Mike dijo:

—Muchísimas gracias,

Y así fue como Mike jugó su primera basa, desapareciendo de la vista de Sophie, que, durante toda la travesía, lo buscó, cada vez más inquieta, no explicándose que la SIP hubiera dejado la vigilancia a la que la tenía sometida y sospechando que habían cambiado el agente, después del fracaso de éste en los Almacenes Centrales.

Sentía, sinceramente, haber causado un disgusto a aquel simpático muchacho, que, después de todo, no había hecho nada por merecer un tratamiento semejante. Pero, a pesar de todo, prefería que la SIP la hubiera olvidado por completo, dejándola realizar tranquilamente la misión que se había encomendado y que no sería jamás la misma si tuviera que soportar la presencia de un «guardaespaldas», aunque fuese tan agradable como aquel joven «novato».

\* \* \*

Mike esperó en la salida, sonriente, contento de lo que había hecho, puesto que pasó una travesía tranquila, lo que le permitió reflexionar y calcular los pros y los contras del trabajo que le habían encomendado.

Habían salido, como de costumbre, los pasajeros de tercera en primer lugar. Salieron después los de segunda, y luego empezaron a aparecer los de primera clase.

Y, de repente, la muchacha apareció en lo alto de la escala, descendiendo por ella con aquel andar agradable y atractivo.

Mike se había colocado un poco más allá de la caseta donde se recogían los pasajes. Así, ella no lo vio hasta que él estuvo a su lado, sonriente y mordaz.

—¡Buenos días, señorita Whitemore!

Y como ella se quedase con la boca abierta, inquirió él, sin abandonar el tono burlón:

—¿Ha hecho buen viaje?

Sophie acusó el golpe, reaccionando después.

—Muy gracioso, amigo Chase. Soy una buena jugadora y sé perder. La primera baza fue la mía y ahora se ha tomado usted el desquite..., pero la partida no hace más que comenzar.

Mike no dijo nada.

Luego, tras una larga pausa, preguntó:

—¿Va usted al hotel?

Los ojos de la muchacha brillaron coléricamente.

—¡Eso no le importa! Desde ahora, señor Chase, le ruego que no me dirija más la palabra. Si quiere seguirme cumpliendo su misión, hágalo; pero, por lo menos, ahórreme la desagradable molestia de tener que hablarle.

Y se alejó rápidamente hacia el coche que la esperaba.

Mike hizo lo propio.

No estaba enfadado y hasta prefería que las cosas se pasaran así. De esta manera podía obrar limpiamente, sin rodeos, pegándose a ella en toda ocasión.

Los dos vehículos se detuvieron ante el Hotel «Meteor», uno de los más importantes de NewVille. El agente comprobó la habitación de la muchacha, enviando su equipaje a la suya, pero permaneciendo en el «hall», después de cerciorarse de que el hotel no tenía más salida que aquélla.

Estaba en su papel.

Se hizo servir un copioso desayuno y esperó, fumando cigarrillo tras cigarrillo, seguro de que ella, enfadada, no saldría aquella mañana.

Pero se equivocaba.

Tuvo que abandonar su asiento al verla atravesar el «hall». Luego, en la calle, corrió para coger un coche que siguiese al que la muchacha debía haber alquilado por teléfono.

«Haré lo mismo —se dijo—. Alquilaré un coche y así no tendré que correr cada vez...

El coche de la muchacha se detuvo ante un enorme edificio, al final de una importante avenida.

Saltando del suyo, tras decir al chófer que le esperase, Mike corrió y se colocó detrás de ella.

Sophie le había visto, pero no se volvió. Como si estuviese siempre sola.

Una vez en el interior del edificio, la muchacha se dirigió hacia un despacho, a la derecha del inmenso vestíbulo. Sobre el despacho había un letrero que decía «INFORMACIÓN».

—Desearía ver al señor Weld —dijo la muchacha.

El hombre del despacho la miró complacido; luego, con voz amable, contestó:

—Lo lamento, señorita, pero el señor Weld no recibe comúnmente; sólo lo hace en ocasiones especiales y a petición, hecha con anterioridad suficiente...

—Traigo una carta para él. Mi tío es miembro del Consejo Mundial.

—¡Ah! Eso es diferente. ¿Su nombre, por favor?

—Sophie Whitmore.

—Un momento.

Pulsó un intercomunicador y habló en voz baja durante unos segundos; después dijo:

—Perfectamente. Un conserje vendrá a buscarla ahora mismo...

Había visto a Mike y frunció el entrecejo. El tono de su voz cambió al dirigirse a él.

—Y usted... ¿qué desea?

Mike contestó:

—Vengo con la señorita.

—Yo no le conozco —dijo ella.

El otro sonrió divertido.

Era un hombre que frisaba la cuarentena, pero su aspecto era el de un antiguo luchador.

—Joven —dijo, con un tono de voz meloso, pero que escondía una amenaza latente—, lárguese con viento fresco. Comprendo que la señorita atraiga a no pocos zánganos, pero aquí dentro está bajo nuestra protección.

Sophie sonreía.

La estaba gozando de lo lindo.

—Yo... —empezó a decir Mike, ya molesto por la actitud de aquel tipo.

Pero el otro había salido de detrás del despacho y deteniéndose ante el joven dijo:

—Escucha, muchacho... no nos gusta dar un espectáculo

desagradable delante de una dama. Éste es un sitio serio y jamás hemos tenido jaleos aquí. Vete, date una vuelta por ahí y olvídala. Es mucho para ti...

Y viendo que Mike no se movía, dijo:

—Está bien. Tú lo has querido...

Su puño salió disparado como un martinete, directamente dirigido al rostro de Chase.

Sophie se llevó las manos a la boca, sin poder ahogar del todo el grito de espanto que le subía por la garganta. Nunca hubiera creído que las cosas llegasen a aquel punto.

El hombre del despacho tenía una sonrisa feroz mientras descargaba su golpe, seguro de que bastaría para convencer al testarudo joven de que allí estorbaba,

Pero su sorpresa fue grande.

Porque su puño no terminó su trayectoria en el punto previsto, y después de no encontrar más que aire, ya que Mike se había hecho a un lado, descargando a su vez un puñetazo formidable.

El hombre lo recibió en la nariz, que empezó a gotear sangre inmediatamente.

Pero no fue aquello todo.

Dos golpes más, uno al plexo solar y otro al hígado, terminaron con aquel luchador de juguete, que se creía todo permitido desde que el Presidente de la HCC le había dado los plenos poderes del vestíbulo.

Mike se quedó en guardia, ante su enemigo derrumbado, cuando una voz sonó a su espalda, haciendo que se volviese.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —inquirió con tono autoritario.

El encargado de la recepción se había puesto en pie, cubriéndose el maltrecho apéndice con un pañuelo casi completamente rojo ya.

Pero pudo decir con voz sorda:

—¡Este tipo me ha atacado! ¡Molestaba a la señorita, que viene a ver al Presidente, y la ha seguido hasta aquí...

El hombre alto sonrió, a la joven.

—¿Quería usted ver al Presidente, señorita?

—Sí. Soy la sobrina de William F. Whitmore, del Consejo Mundial.

—La esperábamos... —miró a Mike—. ¿Y usted? ¿Qué espera para irse?

Chase empezaba ya a estar cansado de ser tratado de aquella manera.

Así, con voz viril, dijo:

—¡Soy el agente encargado por la SIP de custodiar a esta señorita... aun en contra de su agrado! ¿Entendido?

La expresión del rostro del hombre cambió de golpe.

—¡Ah! ¡Un agente de la Spacial International Police! ¡Haberlo dicho! Puede usted seguirnos, señor.

—Chase.

—Yo soy Bruno Sorechi, del Consejo Científico de la HCC. Por favor., por aquí...

Le siguieron.

Sophie se había encogido de hombros, lamentando ahora que Mike no hubiera recibido una buena paliza; pero, por el momento y mientras él manifestase abiertamente su identidad, no tenía más remedio que aguantarlo.

El ascensor les dejó, once pisos más arriba, ante la puerta del despacho del Presidente, donde penetraron momentos más tarde.

Sorechi entró con ellos.

La estancia era amplia y estaba amueblada con un lujo extremo. Detrás de la inmensa mesa de despacho, un hombre, al que ya conocía Mike por haberla visto en las pantallas de la Televisión, en la Tierra, les sonrió, besando la mano de Sophie y estrechando la del agente, que se presentó a él.

—Siéntense, por favor —y dirigiéndose a Sophie—. Hace ya unos días, que recibimos una carta del Consejo Mundial, firmada por su tío, anunciándonos su visita.

—¿Ah, sí?

—Así es, señorita. Y, con toda franqueza, nos extrañó que una joven periodista se interesase por nuestros trabajos en Marte.

—¿No ha venido ningún colega más?

—Sí, muchísimos, pero hace tiempo que no teníamos el honor de recibir a un periodista, sobre todo a uno como usted, dedicado, según he sabido a revistas técnicas de la más alta importancia.

—Exagera usted, señor Weld. La verdad es que acabo de

empezar a escribir y que lo que deseo es hacer un «papel», como decimos en nuestro argot, lo bastante interesante para conseguir una colaboración continua.

—Estamos por completo a su disposición.

—Muchas gracias. No esperaba menos de usted, señor presidente. ¿Cuándo podría empezar a visitar las zonas de los cultivos hidropónicos?

—Cuando quiera. ¿Qué le parece mañana por la mañana? Uno de nuestros helibuses les llevará hasta las zonas primeras. Y nuestro miembro del Consejo Técnico, Bruno Sorechi, les acompañará, dándoles toda clase de facilidades.

—Muy agradecida.

—Ahora, señorita, si fuese tan amable como para concederme el placer de invitarla a comer conmigo...

—¡Encantada!

John miró a Mike:

—Naturalmente, usted también está invitado, señor Chase.

—Muchas gracias, señor. Pero tengo algunas cosas que hacer y...

—Como usted quiera.

## Capítulo

# V



DESDE el mismo instante en que subieron al helibús de la HCC, Mike se dio cuenta de que las hostilidades seguían abiertas, ya que Sophie, sin saludarle, se sentó decididamente al lado del conductor, que no era otro que aquel Bruno Sorechi.

También le había extrañado muchísimo a Chase que aquel individuo perteneciese a un Consejo Técnico cualquiera. Desde luego, no se parecía al bruto con el que tuvo que pelear en el vestíbulo del edificio de la HCC; pero, no obstante, Bruno poseía un aspecto de hombre de acción, en nada parecido a la idea que podía hacerse de un técnico, dedicado a tareas meramente intelectuales.

Pensándolo bien, Mike llegó a la conclusión de que la HCC debía haberse provisto de hombres como aquél, ya que los empleados de los terrenos hidropónicos, sobre todo los de la «zona profunda», hacían menester la presencia de tipos decididos a todo.

Fumando cigarrillo tras cigarrillo, escuchaba atentamente la conversación de Sophie con Sorechi.

—¿Es verdad —preguntaba la joven en aquel momento— que los hombres han de trabajar bajo el agua?

—Sí —repuso Bruno—, Como usted sabe, los cultivos hidropónicos se basan en una nueva teoría que demuestra que no hay necesidad de suelo alguno para el crecimiento y desarrollo de las plantas. Antes, en la agricultura clásica, se tenía que plantar o sembrar y era el suelo, la tierra, la base de todo.

»Ahora, gracias al descubrimiento de corrientes de agua nutritiva, en Marte, no hay más que dejar las semillas en el líquido para que las plantas se desarrollen, mucho más intensamente que antes. Fuera de las hojas, que suelen salir a la superficie para aprovechar el sol, el resto está dentro del agua, tomando de ella todas las sustancias nutritivas que necesita el vegetal.

—¡Qué interesante!

—Pero una nueva fase ha demostrado que tampoco es necesario que las plantas tengan hojas. Y así, en casi la totalidad de nuestras zonas, los vegetales nacen y se desarrollan debajo de la superficie, alcanzando un tamaño y una calidad inigualables.

—¿Y en las «zonas profundas»?

—De eso iba a hablarle ahora, señorita Whitmore: en esas zonas, el desarrollo de las plantas es extraordinario, y se han batido todos los «records» posibles.

—¿Algunos ejemplos?

—Los que quiera. Coles que pesaban doscientos kilos, manzanas y peras de treinta kilos la pieza...

—¡Es enorme!

—Sí. Y todo sería estupendo al no ser por las «filarías».

—¿Qué es eso?

—Unas plantas parásitas contra las que luchamos día y noche, sin cesar. Nadie sabe de dónde proceden, ya que al principio no las vimos por parte alguna. Pero ahora están por todas partes, reproduciéndose a una velocidad vertiginosa y nutriéndose de nuestros cultivos, que deshacen por completo.

—¡Qué horror! Y ¿cómo son?

—Su nombre ya lo dice: unos largos filamentos, unidos entre sí por una especie de núcleo duro, rojizo, que, como se ha demostrado, es el centro vital de esas malditas parásitas.

—¿Y cómo luchan contra ellas?

—Desesperadamente, señorita. Los hombres han de sumergirse,

buscando esos núcleos rojizos de los que acabo de hablarle. Y entonces los destruyen con un soplete que lanza una llama de hidrógeno.

—¿Un soplete... bajo el agua?'

—Sí. El hidrógeno es la única cosa que destruye a esas repugnantes «filarías». Pero cuesta mucho encontrar, en el dédalo de filamentos, los núcleos, única cosa que puede destruirlos.

—Creo que en la Tierra vi en una revista los equipos modernos de que están dotados los nadadores que, luchan contra las plagas.

—Sí, pero la dificultad estriba en que esos filamentos atacan los metales, los plásticos y los vidrios, haciendo preferible que los nadadores y buceadores no lleven ninguna clase de aparatos, salvo los sopletes, que tampoco duran mucho.

—¡Pero no podrán resistir mucho bajo el agua sin depósitos ni equipos adecuados!

—Es verdad. Hay muchachos que son verdaderos campeones, pero la resistencia, humana, en realidad, es muy limitada... por desgracia.

—¿Y en la «zona profunda»?

—Ahí, la lucha, como usted comprenderá, es mucho más difícil. Las plantas se encuentran regularmente a quince metros de profundidad, lo que hace que el esfuerzo de los buceadores tenga que ser mucho mayor.

—Es donde están los hombres que salieron de las Penitenciarías, ¿verdad?

Bruno frunció el entrecejo. Después contestó:

—Si.

—¿Se portan bien?

—Bastante, pero siempre hay dificultades con ellos. No son nada dóciles, como comprenderá usted...

—Es natural en ellos.

Hubo una pausa. Después Bruno explicó:

—Por fortuna, todo se va arreglando, y las protestas son cada vez menos. Dentro de unos meses esperamos poder obtener cosechas constantes sin gran dificultad para los obreros.

—¿No han podido encontrar ninguna sustancia que ataque a esas plantas parásitas, sin necesidad de ir matándolas una por una?

—Se han ensayado cientos de cosas, señorita..., pero, por desgracia, todos los venenos activos contra las «filarías» lo son, al mismo tiempo, para las plantas de nuestros cultivos...

—Comprendo.

—No, no hay más remedio que luchar, desesperadamente, como usted acaba de decir, matándolas una por una.

El helibús sobrevolaba en aquellos momentos la zona de los cultivos. Y Mike se asomó y contempló con curiosidad las enormes extensiones de agua, en las que innumerables islotes ponían manchas pardas, pareciéndole que algo hormigueaba sobre ellos.

Hombres, sin duda.

Sólo ahora, mirando aquello, comprendió el agente de la SIP la tristeza de una existencia como aquella. Recluidos en aquellas zonas, los hombres debían desesperarse con facilidad. Incluso los que no llevaban el peso de un doloroso recuerdo, el de su condición de prisioneros, sobre el pecho.

No le agradaba lo que veía, y menos lo que pensaba.

El aparato descendió dulcemente hasta que terminó por posarse en una de aquellas islas.

\* \* \*

Aquella noche, en la celda 3082 de la Penitenciaría de Nueva Orleáns, Sección de Dementes, murió un hombre.

No era el primero ni sería el último. Por eso, la máquina de la rutina se puso en marcha. Fue informado el director del establecimiento y los médicos, que extendieron el correspondiente certificado. Después, siguiendo siempre el camino rutinario, previsto en reglamentos de complicados artículos, el cuerpo fue enviado al departamento de identificación, a título póstumo.

Y allí estalló la bomba.

Dos horas más tarde, a bordo del cohete de servicio regular entre Nueva Orleáns y Washington, llevaba a aquella a Donald Callowan que, con su equipo psicológico, se presentó en la prisión. Fue directamente a la Sección de Anatomía, donde junto a los investigadores le esperaba el director de la Penitenciaría.

—¡No lo entiendo! ¡No lo entiendo!

Donald miró el cadáver.

—¿No es Brabham?

—No. Estamos procediendo a su identificación; pero, desde luego, no es el cuerpo del profesor.

—¿Aunque ocupaba su sitio?

El otro pestañeó, preocupado.

Después dijo con un hilo de voz:

—Sí, señor Callowan. Cuando me comunicaron su muerte, hace unas horas, lo hicieron como si fuese Rex Brabham...

Donald no separaba sus ojos del cadáver.

—Se parece bastante.

—Sí. Eso fue lo que nos equivocó a todos.

—¿Cuánto tiempo llevaba en la Sección de Dementes?

—Dos años. Recuerdo que fue unas semanas antes de que enviásemos nuestro contingente, solicitado por la SIP, a Marte. Sufrió un ataque brutal y atacó a sus compañeros de celda e hirió gravemente a uno de ellos. Se le diagnosticó esquizofrenia paranoica.

—Comprendo... Pero si éste no es el profesor, ¿dónde está el verdadero Brabham?

—No está en el establecimiento. Se ha hecho la comprobación total... y no está.

Donald se mordió los labios.

Luego, volviéndose hacia los hombres que constituían el equipo psicológico de la Spacial International Police, dijo:

—Hay que hacer un examen a los que estaban con el profesor por aquellas fechas. Y me refiero naturalmente a los guardianes.

Y mirando al director pidió:

—Convoque a esos hombres ahora mismo. Les haremos un «sondaje psíquico» completo. Es necesario Que sepamos dónde está el profesor.

—Bien.

Salió el director, seguido de algunos de sus empleados. Callowan, alejándose del cadáver, se acercó a una de las ventanas y encendió un habano.

Recordó al «profesor», aquel hombre que había sido condenado a cadena perpetua por haberse atrevido a hacer investigaciones con seres humanos vivos, despreciando todas las leyes existentes.

Rex Brabham era, por entonces, hacía diez años, un hombre joven que apenas había cumplido los treinta; pero su inteligencia le hizo ponerse a la cabeza de los investigadores de biología de su promoción, destacando enseguida de todos ellos.

Hasta que tomó el camino erróneo...

La Spacial International Police le había detenido, «in fraganti», cuando se proponía operar a un vagabundo al que había engañado, cobijándolo en su casa, anestesiándolo después...

Habían desaparecido seis vagabundos por aquella época, pero nadie pudo demostrar que el profesor tuviese que ver algo con ellos. De todos modos, el tribunal se mostró severo, cuando el fiscal demostró que aquel hombre era un verdadero peligro para sus semejantes.

Y ahora había desaparecido.

¡Hacía dos años!

Cuando los empleados que vivían entonces con él, encargados de vigilarle, fueron reunidos en una de las salas del edificio, el equipo psicológico empezó a trabajar.

Cada sujeto fue sometido a una experimentación profunda de su mente, utilizando un electroencefalógrafo último modelo, capaz de «leer» las ideas, convirtiendo las ondas en palabras y pensamientos.

Fue el quinto quien hizo que Callowan, presente, se encargara del interrogatorio.

—¿Qué ocurrió, muchacho? —inquirió con voz dulce.

—Me dieron seis mil créditos.

—¿Por qué?

—Por dar al profesor una sustancia que uno de sus amigos me entregó durante un permiso.

—¿Qué clase de sustancia era?

—No lo sé.

—¿Se la diste a Rex?

—Sí

—¿Qué ocurrió después?

—Volvieron a darme más dinero por hacer el cambio.

—¿Qué cambio?

—Llevé a un tipo, que se parecía mucho a Rex, al departamento de dementes.

—¿Y él?

—Salió en la expedición para Marte con un falso nombre, el del otro que encerramos.

—¿Cómo se llamaba?

—Ted Limmer.

—¡Basta!

Se acercó al director.

—Las declaraciones de este hombre han sido grabadas. Deténgalo y póngalo a disposición del tribunal interno.

—¡Es horrible!

—Sí. Pero yo no utilizaría esa palabra. Yo diría que va a ser molesto para nosotros, porque el profesor no es un hombre que se haya limitado a cultivar plantas en Marte.

—¿Entonces?

—Voy a llamar inmediatamente al Presidente de la HCC. ¿Puedo pasar a su despacho?

—¡Naturalmente!

No tardó mucho en obtener comunicación con Marte, pero debió esperar diez minutos hasta conseguir que Weld se pusiese, al otro extremo del transmisor.

—¿Señor Callowan?

—El mismo.

—¡Encantado de saludarle!

—Yo también, señor Weld.

—¿En qué puedo servirle?

—Necesito urgentemente que me diga si hay entre los empleados que le enviamos hace dos años uno llamado Ted Limmer.

—¡Nada más fácil, amigo mío! ¿Puede esperar un minuto?

—Sí.

Hubo una pausa; luego el Presidente de la HCC dijo:

—¡Oiga!

—Diga...

—En efecto: Ted Limmer consta en la relación de nuestros empleados.

—¿Dónde está?

—Muerto.

—¿Eh?

Weld explicó:

—Falleció poco después de haber llegado. Está enterrado en el cementerio. Me comunican también que se envió la correspondiente ficha de defunción a su lugar de origen.

—Bien.

—¿Puedo servirle en algo más, señor Callowan?’

—No, muchas gracias.

Colgó.

Luego, volviéndose al director de la Penitenciaría, que seguía a su lado, pidió:

—¿Quiere preguntar si recibieron una baja a nombre de Ted Limmer?

Obedeció el otro, telefoneando a los archivos.

Después dijo:

—Sí. Ted Limmer murió hace casi dos años. La HCC nos envió su comunicación de fallecimiento tres días después de su muerte. ¡Claro que nosotros no sabíamos que se trataba del profesor Brabham...!

—Naturalmente.

—Pero, de todos modos, creo que este asunto puede darse por terminado.

Donald enarcó las cejas.

—¡Ojalá sea así!

El otro le miró, con una expresión de sincero estupor en el rostro; luego, tras una pausa, preguntó;

—¿Es que cree usted que...?

—Yo no creo nada —le cortó Callowan—, pero si el profesor urdió el complot que le llevó a Marte, me parece demasiado casual que sólo fuera para ir a morir allí.

—Pero...

—Sí, ya sé que pudo suceder esto, lo que demostraría que la Justicia no puede ser esquivada, y que, a fin de cuentas, se pagan las cosas tarde o temprano. Pero Rex no era un hombre que se dejase sorprender por la muerte así como así.

—¿Entonces?

—No lo sé. Lo único que conocemos es que se procuró una droga para hacer enloquecer a un hombre que se parecía un poco a él. Y con la complicidad del guardián, cambió de personalidad, haciéndose, pasar por el otro y marchando a Marte —hizo una pausa; luego continuó—; Ya comprenderá usted que el profesor no podía estar nunca en las listas de los hombres que fueron destinados a trabajar para la HCC.

—¡Desde luego!

—Era un tipo demasiado peligroso para dejarle ir a cualquier parte. ¡Y se salió con la suya!

—Pero si ha muerto...

—Si ha muerto, todos nuestros problemas se han terminado... afortunadamente.

Se despidió del director.

Y mientras volvía a Washington, desde donde iba a enviar unas instrucciones especiales a Mike Chase, no pudo evitar una sonrisa.

«Si buscabas emociones —se dijo—, muchacho, creo que las vas a tener en cantidad y calidad, tantas como quieras... y aún más. Te quejabas de lo insulso de tu primera misión; pero quiera Dios que sepas llevar el timón, porque si conocieses al célebre profesor y todo lo que es capaz de hacer, no te sentirías tan tranquilo... ¡te lo aseguro!»

## Capítulo

# VI



A isla donde se posó el helibús tenía un centenar de metros de longitud por unos treinta de anchura. En su centro se levantaban unos barracones que, además de servir de alojamiento a los obreros, debían estar destinados, en parte, a guardar material de trabajo.

Sophie, siempre acompañada por Bruno Sorechi, saltó la primera del aparato. Chase iba detrás.

Acercándose a la orilla, Bruno señaló las aguas que parecían hervir.

—Hay un grupo de hombres que están limpiando los cultivos de «filarías».

—¿Y esas masas verdes que se ven? —inquirió la muchacha.

—Son las plantas. Estos cables, especialmente contruidos, proporcionan a los buceadores la necesaria iluminación para trabajar ahí abajo. Pero, como le dije antes, poco dura el material.

—¿Lo destruyen las «filarías»?

—Sí. Segregan un líquido especial que ataca todo.

En aquel momento, el agua se agitó y salió de ella, moviendo los brazos desesperadamente, un hombre que tenía el cuerpo

cubierto de sangre.

La joven lanzó un grito.

—¡Dios mío!

Un pitido sonó detrás de ellos y un grupo de cuatro hombres se precipitó hacia la orilla. Se apoderaron del desgraciado, que había teñido las aguas de rojo, y se lo llevaron a uno de los barracones.

Mike no dijo nada, pero se mordió los labios.

Fue la muchacha, cuando los hombres se alejaban llevándose a su compañero ensangrentado que, volviéndose hacia Bruno, inquirió, con expresión de espanto:

—¿Qué ha ocurrido?

—Un accidente. No lo sé aún...'

Mike, que no separaba sus ojos del rostro del «técnico», se percató de que mentía.

—¡Ese hombre no llevaba equipo alguno! —dijo ella.

—Naturalmente. Debió arrancárselo, abajo, al sentirse herido.

—Pero ¿qué le hirió?

Mike intervino entonces.

El rostro del agente se había transfigurado, y una amable sonrisa entreabría sus labios, que momentos antes habían estado cerrados fuertemente.

—Perdone sus preguntas, señor Sorechi. Y no olvide que es una periodista... curiosa como todos ellos.

Sophie se volvió, como si una víbora acabase de picarle.

—¿Cómo se atreve? —inquirió con los ojos relampagueantes.

Y como Chase no dijese nada, siguió:

—¡Es usted el hombre más insoportable, que he conocido en mi vida! Había creído, por un momento, que se limitaría usted al papel-recalcó las palabras que siguieron, con ironía y crueldad —«de señorita de compañía» que le han dado...

Pero Mike, sin dejar de sonreír, dijo:

—Me limito a eso, señorita; sólo que, no olvidando las prerrogativas de mi misión de «señorita de compañía», intervengo cuando la criatura que me han confiado se porta de una manera tan inconveniente como insoportable.

—¡¡Imbécil!!

Y se alejó de allí, rápidamente, como si fuera incapaz de detener

ya, los sollozos que la rabia subía a su garganta.

Mike sonrió, mirando a Bruno.

—Debe perdonarla, amigo mío.

—Yo... —empezó a decir el otro.

Se veía claramente que estaba confundido, extrañado de aquella intervención del agente y de su posición.

Pera Mike, con voz amable, dijo:

—No crea que mi misión es solamente la de cuidar de ella. También debo evitar, sobre todo, que cometa estupideces o que curioseee demasiado, estropeando cualquier clase de trabajo...

—Lo comprendo.

—También tiene que comprender que una mujer no debía haber sido enviada a estos sitios. Un espectáculo como el que acaba de ver es demasiado para sus nervios...

—Es verdad.

—Yo ya me esperaba cosas así.

—¿De veras? —se extrañó el otro.

—Es natural. Estos trabajos han de ser duros y por eso deben estar muy bien pagados.

—Evidentemente.

—Pero para la señorita Whitmore, todo lo violento es tema para un artículo. Y ya comprenderá usted la clase de historias que sería capaz de armar si interpretase las cosas desde un punto... demasiado sensible, como es de temer en una mujer.

Bruno le miraba.

Admirado.

—De veras que no creí que pensase así, señor Chase.

Mike preguntó:

—¿Qué esperaba de mí?

—Una actitud más intransigente. Compréndame usted... yo creí que estaría siempre al lado de la opinión de la señorita Whitmore.

—¡Qué error! Por fortuna, sé dónde está la razón, amigo mío.

—Y lo ha demostrado. Pero no me negará que lo que hemos visto podía parecerle desagradable.

—¡Claro que lo es! Aunque, de todos modos, he comprendido enseguida que se trataba de un accidente, y que usted era el

primero en lamentarlo. ¿No es cierto?,

—Sí. Luchamos, puede crearme bajo palabra de honor, para dotar a los buceadores de todas las seguridades imaginables. Porque, después de todo, somos nosotros los que pagamos los seguros sociales y los de accidente, así como las primas que se entregan a las familias de los que, por desdicha, pierden la vida en el trabajo.

—Comprendo —y después de una pausa continuó—: Naturalmente, los accidentes serán más frecuentes en la «zona profunda»...

—Sí.

—Y, por fortuna, los seguros serán menores allí.

—En efecto, aunque también, como usted debe saber, pagamos una cierta cantidad cuando hay una bajá por muerte.

—Claro.

Siguieron hablando amistosamente. Y Bruno invitó a fumar al otro, que, en un momento:

—¿Dónde se habrá metido miss Whitemore?

—No estará muy lejos. Quizá junto al herido.

—¡Muy sensible!

El otro frunció el entrecejo.

—No le es a usted muy simpática, que digamos, ¿verdad?

—¿Quiere que le diga la verdad?

—Si usted quiere...

—Claro que quiero. Escuche: yo soy hijo de una familia pobre y he tenido que abrirme paso en la vida, sin influencias, sin ayuda, a pulso, por mí mismo, merced a un esfuerzo continuo y desesperado...

—¿Y ella?

—No sé si es rica o pobre, aunque su tío posee una gran fortuna. Pero no me refiero a eso.

—¿Entonces?

—Es el empuje que le han dado, la ayuda espiritual, su entrada en el Consejo, en el seno de la Revista, cosa que no se consigue así como así. Eso es lo que me disgusta: que haya gente que sea ayudada, no por sus méritos, sino por la importancia de los cargos que ostente una parentela más o menos cercana.

—Le entiendo —y bajando la voz—: También me ocurrió a mí algo semejante, aunque en otro orden. He debido abrirme paso, golpe a golpe, decidido a llegar.

Mike preguntó:

—¿Y ha conseguido lo que deseaba?

—Sí.

Mike suspiró.

—¡Menos mal! ¿Ésa debe ser una hermosa satisfacción, cuando todo se ha hecho por sí mismo.

—No lo dude.

—¿Vamos en busca de nuestra afortunada periodista, amigo?

—Vamos.

Se cogieron del brazo y avanzaron hacia la fila de barracones donde suponían que Sophie se encontraba.

Mike estaba contento.

Sin saber exactamente por qué, había ganado una amistad, relativa desde luego, pero que podría utilizar, al menos así lo pensaba, cuando se decidiese a esclarecer algunas cosas que ya aparecían a su mente como misterios que no encajaban con la imagen que se había hecho de los cultivos, hidropónicos de la HCC...

\* \* \*

Furiosa, deseándole toda clase de males, Sophie se alejó de los dos hombres.

Echaba chispas por los ojos.

¡Con qué placer hubiera abofeteado a aquel estúpido agente, a aquel entrometido insoportable!

Nunca había experimentado una rabia pareja hacia ningún ser humano. Porque, en realidad, Mike le había sacado de sus casillas.

Penetrando por el estrecho callejón que los barracones dejaban entre ellos, la muchacha llegó hasta el que ocupaba el hombre herido, que yacía sobre un pobre catre, con dos de los hombres que le habían sacado del agua a su lado.

—¿Está peor? —inquirió.

Los dos hombres se volvieron, mirándola fijamente.

—No durará mucho.

—¡Oh!

Y uno de ellos, después de cruzar una mirada con su compañero, preguntó:

—¿Quién es usted?

—Una periodista.

El hombre exclamó, extrañado:

—¿Eh? ¿Una periodista?

—Sí; pero ¿a qué viene esa extrañeza?

Volvieron a mirarse los dos hombres; luego, uno de ellos, encogiéndose de hombros, comentó:

—Será como los otros, le pagarán... y en paz.

Estaba demasiado enfadada aún para no encolerizarse.

Y saltando, con los ojos llameantes, fijándolos en el que acababa de hablar, preguntó:

—¿Qué quiere usted decir? ¿Es que intenta suponer que voy a venderme?

Había mucha sinceridad en la voz de la joven, y el hombre bajó la mirada, enrojeciéndose.

—Perdone, señorita. Yo creía...

Sophie preguntó:

—¿Qué es lo que usted creía?

El otro levantó la cabeza y la miró fijamente. Luego explicó:

—Otros periodistas vinieron antes que usted, señorita. Vieron muchas cosas, quizá más que usted..., y nosotros hablamos, creyendo que iban a publicar la verdad.

—¿No lo hicieron?

—No. Debieron pagarles en la ciudad para que silenciasen lo que aquí habían visto.

—¡Canallas!

—Sí, señorita: fueron unos canallas. Porque no hay derecho a que pase lo que aquí está sucediendo.

Y señaló al herido.

—¿Es que no pueden Impedirse estos accidentes?

—preguntó la muchacha.

—¿Accidentes?

El hombre entreabrió los labios; con una triste y desesperada sonrisa.

—¡No es un accidente, señorita, sino lo que nos ocurrirá a todos nosotros!

Y como ella le mirase con una expresión interrogativa en su hermoso rostro, explicó:

—Las «filarias» segregan una sustancia muy fuerte...

—Ya me lo han dicho.

—Comprendo. Le habrán dicho que destruye el metal, que se ataca al plástico, a las gomas, a todo...

—Sí.

—Pero también ataca a la piel humana, al cuerpo de los buceadores.

—¡Eso no me lo han dicho!

—Naturalmente. Los buceadores deben cubrirse la piel con una especie de grasa aislante, Que le protege, en realidad, pocos minutos. Después, el ácido que dejan escapar las «filarias» corroe la piel y produce estas hemorragias extensas que terminan por desangrar al individuo.

—¡Es espantoso!

Y como el hombre no dijese nada más, preguntó ella:

—Pero ¿no hay ninguna manera de evitarlo?

El hombre exclamó:

—¿Cual?

—Yo pensaba, por ejemplo, en hacer salir al buceador cuando la capa de grasa se deshiciese; es decir, antes que el ácido atacase su piel.

—Nunca puede saberse cuándo va a suceder tal cosa, señorita. A veces, un buceador permanece una hora trabajando, saliendo sólo para respirar un instante, y su grasa sigue perfectamente bien. Otras, la capa protectora no dura más que unos momentos, tan pocos que el buceador no se da cuenta hasta que ve que el agua se tiñe de rojo a su alrededor... con su propia sangre.

—¡Dios mío!

Hubo una pausa; luego la muchacha, mirando con simpatía a sus dos interlocutores, dijo:

—Les aseguro, amigos, que todo esto será publicado y que nada

ni nadie podrá impedirlo.

—Lo impedirán...

—¡No! No es costumbre mía vanagloriarme de mi familia, pero han de saber que soy la sobrina de un importante miembro del Consejo Mundial y que, por lo tanto, nada puede influir en lo que yo publique.

—Eso es diferente... ¿no es verdad, Jimmy?

El otro asintió sonriente. Luego se dirigió a la joven.

—No puede usted imaginarse el bien que puede hacernos publicando la verdad, señorita... ¡Se lo Agradeceremos siempre!

—No haré más que cumplir con mi deber. Pero —añadió, tras una corta pausa, mirando sucesivamente a los dos hombres—, lo que no comprendo es por qué no se han levantado contra esta clase de injusticias, contra ese tratamiento inhumano...

Uno de ellos sonrió con tristeza.

—Es muy fácil señorita... —repuso—. Debe saber usted que no está autorizada la presencia de mujeres en estas zonas. Y las nuestras, nuestras familias se hallan mucho más lejos, hacia la ciudad.

—¿Quiere decir eso que están ustedes sometidos a una especie, de infame chantaje?

—Puede llamarlo como quiera, pero así es. La permanencia de un buceador es aquí obligatoria durante tres meses; luego se le suelen dar quince días de permiso... si se ha portado bien. ¿Entiende?

—Perfectamente.

—¿Cómo quiere que nos rebelemos contra todo esto, si no podríamos salir de estas islas sin la ayuda de los helibuses que vienen a buscar a los que han logrado el permiso? Si nos lanzásemos al agua, como usted ha visto ya, las «Filarias» terminarían con nosotros en un abrir y cerrar de ojos...

Sophie dijo:

—Lo comprendo. Jamás hubiese imaginado que aún existiese algo así en nuestra civilización. ¿Y las autoridades? ¿No saben nada?

—Nadie viene por aquí, señorita. Además, cuando han venido, lo han hecho de un modo oficial, utilizando a los capataces que,

con equipos especiales, han pasado por buceadores ante las cámaras, como ocurrió hace poco, cuando una empresa de televisión vino a hacer unos reportajes,

—Ya entiendo. Yo también he visto fotos de todo esto en la Tierra; pero nada daba a entender la verdadera situación de los buceadores, que en las fotos que yo vi sonreían, alegres, como si su trabajo fuera algo sin importancia ni peligro.

—¡Qué farsantes! —hubo una pausa. Luego Sophie—: Y, si esto ocurre aquí, en lo mejor de las zonas de cultivo hidropónico, ¿qué sucederá en la «zona profunda»?

—No lo sabemos, señorita. De esa zona no tenemos noticia; sólo las cestas...

Ella frunció el entrecejo.

—¿Qué cestas?

—Venga.

Salíó, acompañada de los dos hombres que, una vez fuera del barracón, echaron miradas de desconfianza hacia uno y otro lado, sólo cuando estuvieron seguros de que nadie les veía, insistió uno de ellos:

—Venga por aquí.

Les siguió la joven, bordeando la fila de barracones hasta que se detuvieron a la orilla de la isla.

Un extraño espectáculo apareció ante la muchacha.

Tocando casi el borde de tierra, una hilera de cestas, de más de dos metros de diámetro, como extrañas barcas, se movía rápidamente, alejándose hacia el fondo del horizonte, donde, entre la neblina, se adivinaban las siluetas de algunas islas.

—¿Qué significa esto? —inquirió.

—Son las cestas que los, hombres de la «zona profunda» llenarán de lo que se recoge allí.

—¿Y cómo es que se utiliza un procedimiento tan primitivo?

—No lo es, señorita, aunque lo parezca. El traslado, por ejemplo, con helicargos sería muy difícil. Estas cestas, como usted ve, se mueven impulsadas por una corriente acuática que se provoca desde las centrales, con un gasto mínimo. Las que pasan por aquí son siempre las vacías; pero, una vez llenas, van por otro camino directamente hasta llegar a los almacenes.

Sophie comprendió que el procedimiento era singular y que reunía las ventajas de la sencillez y economía.

Separadas por una distancia de unos quince metros, las enormes cestas se bamboleaban, huyendo velozmente hacia el horizonte.

—¿Soportan mucho peso? —inquirió sin dejar de mirarlas.

—Quinientos kilos, señorita, Son muy seguras.

Ella sonrió.

Luego, volviéndose hacia los dos hombres, anunció:

—Voy a irme, en una de ellas, para visitar esa célebre «zona profunda».

Los dos dieron al mismo tiempo un paso hacia ella.

—¡No haga eso, por favor! —suplicó uno.

—¿Por qué?

—Porque es muy peligroso...

—¡Bah!

Y después de una pausa, dijo con vehemencia:

—Escuchen: es la única ocasión que se me va a presentar de conocer a aquellos hombres sin la molesta compañía de esos dos que no se separan de mí un solo instante.

—¿Y nosotros?

Sophie enarcó las cejas.

—¿Ustedes?

—Sí. Si saben que no se lo hemos impedido, lo pasaremos mal.

—Comprendo; pero, de todos modos, lo que deben hacer es volver a la barraca con el herido y afirmar que no me han visto.

—Pero...

Ella les sonrió.

Luego, antes que ninguno de ellos pudiera hacer el menor gesto para evitarlo, saltó desde la orilla sobre una de las cestas. Esta se balanceó durante unos segundos. Pero recobró el equilibrio rápidamente.

Se alejó, velozmente, saludando a los dos hombres que, sin poder evitarlo, se habían estremecido. Porque ninguno de ellos se hubiera atrevido a hacer aquello.

Sobre todo después de lo que habían oído que se pasaba en aquella misteriosa zona que empezaba en las brumas que cubrían el

horizonte.

## Capítulo

# VII



CERCÁNDOSE a los barracones los dos hombres, sin dejar de charlar, buscaron a la muchacha con la mirada.

—No la veo por parte alguna —dijo Mike.

El otro sonrió.

—No se preocupe. Si hay algo bueno en estos lugares es que nadie puede escapar de la isla.

—¿Dónde cree que estará?

—No lo sé. Quizá con el herido. Vamos.

Penetraron en el callejón que formaban las sencillas edificaciones y llegaron junto a la entrada del barracón, donde yacía el hombre, junto a sus dos compañeros.

Bruno Sorechi asomó la cabeza:

—¡Eh, vosotros! —llamó.

Uno de ellos salió.

—¿Qué desea?

—¿No habéis visto a la joven que venía con nosotros?

—La vimos cuando fuimos a por Jacques, señor. Después, no.

—Bien.

Se volvió hacia Mike Chase y dijo:

—No está aquí. Habrá ido al helibús. Si se ha enfadado tanto, preferirá regresar a la ciudad.

—Mejor que mejor.

Pero cuando Chase comprobó que Sophie no estaba tampoco en el aparato, frunció el entrecejo, mirando fijamente al otro.

—No comprendo...

—Yo tampoco.

Y después de un corto silencio, Bruno propuso:

—Recorreremos la isla. Y buscaremos a Pete.

—¿Quién es?

—Uno de los capataces.

—Bien.

Anduvieron de un lado para otro, mirándolo todo, hasta llegar al otro extremo de la isla, donde el llamado Pete estaba dirigiendo a los buceadores de aquel lado.

El capataz, que iba armado con una pistola y que tenía aires de matón, se apresuró a acercarse a los recién llegados, llevándose la mano derecha a la visera de la gorra que llevaba.

—¡Hola, señor Sorechi! —saludó.

—¡Hola, Pete! ¿Has visto a una joven por aquí...?

El otro sonrió, enseñando una doble hilera de dientes amarillos y desproporcionados.

—¿Una chica, señor? ¿Cómo pregunta eso?

—No es broma, Pete. Una señorita, periodista, venía con nosotros... y no la encontramos.

—No puede desaparecer aquí.

—Ya lo sé, pero quiero que nos eches una mano.

—Bien.

Se pusieron nuevamente en marcha y recorrieron la isla palmo a palmo. Cuando terminaron, Mike dijo con la expresión cambiada:

—¿Dónde demonios se ha metido?

También Bruno estaba preocupado.

—¡No lo sé! Aunque...

Se volvió al capataz, con los ojos relampagueantes.

—¡Ve a la barraca donde han puesto al herido y haz que esos

dos granujas digan la verdad, sea como sea...!

Mike estuvo a punto de objetar algo.

Pero se calló, ya que era mucho más importante la desaparición de la joven que todo lo que aquel brutal capataz pudiera provocar.

Estaba furioso porque era la segunda vez que la chica se le escapaba entre los dedos. Y esta vez podía ser peor.

Tentado estuvo de seguir al capataz, pero Bruno lo tomó del brazo, como si adivinase sus intenciones.

—Esperemos aquí, amigo mío. Pete trabaja mejor solo.

Permanecieron allí, silenciosos, envueltos por la extraña quietud que parecía flotar sobre la isla.

Chase se preguntaba dónde podía haberse metido aquella muchacha, ya que no se le ocurría nada y estaba seguro de que debía de haberse escondido en alguna parte para hacerle rabiar.

Se mordió los labios.

Después de aquella lección que acababa de recibir, no estaba dispuesto a separarse de ella en ninguna ocasión, por muy enfadada que estuviese con él.

Un disparo desgarró de repente el silencio,

—¿Qué ha sido eso?

Bruno sonrió.

—No se preocupe, amigo —dijo.

Poco después, Pete aparecía con una expresión de rabia en los labios.

—¿Qué? —inquirió Sorechi, cuya impaciencia se adivinaba en su rostro.

—¡Los muy cerdos! ¡Sabían dónde estaba la muchacha!

—¿Dónde? —inquirió Mike, sin poder contenerse.

Pero el otro dijo, con la mirada fija en Bruno:

—¡La dejaron saltar en una de las cestas!

—¡No!

Cansado de no entender nada, Mike cogió a Pete por el brazo un tanto brutalmente.

—¡Eh, amigo! ¡Basta de misterios! ¿Qué es eso de las cestas?

Pete miró con los ojos brillantes al joven.

Pero intervino Bruno, conciliador y prevenido:

—Es un agente de la SIP que acompaña a la señorita, Pete. Comprende su impaciencia.

Pete sonrió.

Luego, con cuatro frases exactas, explicó al muchacho lo que significaban las cestas y cuál era su misión.

Y volviéndose a Bruno, Chase dijo:

—¡Tenemos que ir a por ella! ¡Rápido!

—Sí. Vamos.

Los tres corrieron hacia el helibús.

Y cuando éste se elevó sobre la isla, Mike dijo:

—Hay peligro, ¿verdad?

Bruno se mordió los labios; luego, sin contestar directamente a la pregunta del agente de la SIP, espetó:

—¡Maldita muchacha! ¡Si lo llego a saber! Pero cualquiera se imaginaba que estaba tan loca como para saltar sobre una cesta...

Y después de una corta pausa, volviéndose a Mike, inquirió:

—¿Se imagina lo que hubiera ocurrido si se cae al agua?

—¡No diga eso, por favor! ¡La culpa es mía!

—¡La culpa es de todos! Pero, sobre todo, por haber autorizado a que una desequilibrada como ésta venga a estos sitios...

El aparato sobrevolaba la hilera de cestas que se movían rápidamente, llevadas por la corriente artificial.

—Pienso —dijo Mike— en lo que pueden hacerle esos desalmados de la zona profunda.

—No tema. Llegaremos a tiempo. Además, no creo que la cesta la lleve hasta las islas donde los ex presidiarios están acantonados.

—¡Mejor que mejor!

El helibús volaba muy bajo y Mike podía ver las cestas, todas ellas vacías, desgraciadamente.

—¡Van muy aprisa! —exclamó.

—Sí, pero nosotros lo vamos más.

Y para convencer al agente, aumentó la velocidad del aparato, pasando sobre las cestas y dirigiéndose hacia la zona brumosa, que ya estaba muy cerca.

Algunas islas, todas ellas desiertas y de pequeño tamaño, iban apareciendo bajo ellos,

—Son antiguas bases de cultivo —explicó Sorechi—, actualmente abandona —das.

Mike estaba nervioso.

—¿Cuándo la encontraremos? —inquirió—. No podía imaginarme que nos llevase una ventaja tan grande.

—Pronto. No se preocupe.

Y, en aquel momento, Pete, que iba detrás de ellos y que no había despegado los labios durante todo el Maje, exclamó:

—¡¡Allí está!!

—¿Dónde?

—Allí, a la derecha...

Siguieron la indicación del capataz, mirando hacia una isla sobre la que se percibía una forma vaga.

Acercándose más, pudieron ver que, en efecto, se trataba da Sophie, que estaba sentada a la orilla, inmóvil.

—¿Es que esa tonta no nos ve? —inquirió Mike.

Los otros no le contestaron.

Maniobrando con una habilidad que demostraba su experiencia en el manejo de aquellos aparatos, Sorechi hizo que el helibús descendiese, terminando por posarse no lejos de la muchacha.

Pero ésta no se movió.

Chase fue el primero en saltar a tierra corriendo, como un desesperado, hacia la joven.

—¡Eh, señorita Whitemore! ¡Basta de comedia!

Se dio cuenta de que la muchacha estaba en un estado especial. Y, decidiéndose, la levantó, por los brazos, percatándose de que ella cedía, sin protestar.

Entonces la miró a la cara.

Sophie tenía los ojos desmesuradamente abiertos, con la mirada fija en un punto indefinido.

—¡Sophie!

Nada.

Desesperado, la abofeteó, esperando que aquello le hiciese reaccionar; pero no consiguió nada; la muchacha permaneció en aquella estólida postura, con idéntica expresión de vacío absoluto en el rostro.

—¡Ayúdenme a llevarla a bordo!

Pete se prestó, y colocaron a la muchacha en el asiento posterior del helibús.

Mike se sentó a su lado.

—Regresemos a la ciudad. Debe verla un médico.

Bruno asintió.

—Debe de haber sufrido un gran susto —dijo, con una expresión sombría.

—Pero ¿por qué? —inquirió Chase.

—Seguramente porque su cesta estuvo a punto de naufragar. Debió moverse y temió caer al agua; eso fue suficiente para aterrorizarla, sobre todo después de ver el estado del herido al salir del lago.

—Es muy posible.

Sólo se detuvieron unos instantes para dejar a Pete. Después reanudaron el viaje hacia la ciudad.

Cuando, finalmente, se posaron sobre la terraza de uno de los hospitales de Newville, Bruno dijo:

—Yo debo dar cuenta al señor Weld. Ya vendré después.

—Bien. Y muchas gracias por todo.

—Crea que lamento sinceramente lo ocurrido,

—Lo comprendo.

Sorechi puso en marcha el aparato tras dejar a la muchacha. Mike fue hacia la entrada, donde los enfermeros le ayudaron a trasladar al interior del edificio a Sophie.

Poco después la joven desaparecía en una sala. Mike permaneció allí, en el vestíbulo, esperando a que el doctor le comunicase algo.

Encendió un cigarrillo.

No dejaba de dar vueltas en la cabeza a las palabras que Bruno había dicho. Le parecía imposibles que la joven se hubiera alarmado por el temor a naufragar, hasta el extremo de alcanzar aquel estado.

No, no era lógico.

Tenía que haber sido algo muchísimo más importante, algo que empezase a explicar lo que le preocupaba, desde que vio salir de las aguas de los cultivos a aquella forma sanguinolenta y desesperada.

¿Y el disparo de Pete?

Podía haber sido una simple amenaza, aunque también era posible que el cruel capataz hubiera disparado contra uno de aquellos desgraciados, matándolo.

Se estaba dando cuenta de que su misión, que en principio le pareció insulsa, escondía algo fundamental que debía descubrir. Y, desde luego, si Sophie se recuperaba enseguida y contaba lo que le había provocado aquel estado, podría orientar sus investigaciones de una manera más lógica que hasta entonces.

El haber intentado a toda costa ganarse la amistad de Bruno demostraba que ya había «olido» algo en aquel fabuloso negocio, que parecía estar montado sobre una base de crueldad que no podía explicarse así como así.

Se fumó casi un paquete antes de que el médico apareciese por la puerta que se había cerrado detrás de la muchacha.

Mike fue hacia él, impaciente.

—¿Qué hay, doctor?

—Ha debido de sufrir un fuerte trauma psíquico.

Mike preguntó:

—¿Se recuperará enseguida?

—Lo dudo.

—¿Eh?

—Su estado no hace peligrar, en nada, su vida...

—¿Y su razón?

—Tampoco creo que la pierda... si tenemos un poco de suerte; pero no cuente, en modo alguno, con una recuperación todo lo rápida que nosotros deseáramos.

—¿Cuánto tardará... entonces?

—No menos de un mes. El Presidente de la HCC, intensamente preocupado, me acaba de llamar por teléfono para preguntarme por el estado de la señorita Whitemore. También quiere hablar con usted.

—Iré a verle. ¿Cuándo podré visitar a la señorita Whitemore?

—Por el momento —repuso el otro—, sería completamente inútil, puesto que sigue en idéntico estado al que usted conoce. Más adelante, ya veremos...

—Gracias.

Se despidió y fue a su hotel, donde le entregaron el mensaje

cifrado de Callowan, que tradujo en su habitación, y destruyó después de haberse enterado de su contenido.

El que el célebre profesor Brabham hubiera logrado escapar de la Tierra, después de hacer que un hombre enloqueciese...

¿Eh?

Sintió un escalofrío que le recorría la espalda.

Sin dudarle, hizo un amplio informe de lo ocurrido para el jefe de la Spacial International Police, preguntando, al final, la naturaleza de la sustancia que Rex había utilizado para hacer enloquecer a Ted Limmer, de modo a ocupar su puesto en la expedición a Marte.

Estaba anonadado.

Porque si la señorita Whitemore había sido tratada de la misma manera, no habría ninguna esperanza de salvarla

## Capítulo

# VIII



DESPUÉS de visitar al Presidente de la HCC, que le manifestó su interés por la muchacha, mostrándose dispuesto a hacer lo que fuese para contribuir a la curación de Sophie, Mike fue al hospital. Tampoco logró que le dejaran ver a la joven.

Salió de allí desesperado.

Aunque hervía de ganas de investigar, no podía moverse de la ciudad hasta que Callowan le llamase.

Y así, por la tarde de aquel mismo día, cuando el teléfono sonó, en comunicación directa, por radio, con Washington, Chase se precipitó sobre el aparato, con un ansia perfectamente lógica.

—¿Diga?

—¿Chase?

—Sí, señor,

—Bien. He leído tu informe y, por el momento, por lo que puedes imaginarte, no he comunicado nada al tío de la muchacha.

—Lo comprendo, señor.

—También quiero que comprendas que la SIP no puede soportar equivocaciones como la que has cometido en la visita a los cultivos hidropónicos. ¿Es que no te advertí?

—Ya explique, señor, mi informe...

—¡Lo sé! ¡Lo sé! El que sospechases de Bruno no te impedía vigilar más estrechamente a la chica.

—Pero...

—¡Basta! Si no fuese porque el tiempo es precioso y tardaría muchísimo en hacer que otro agente fuese ahí, te haría volver ahora mismo. Pero no tengo más remedio que lanzarte... —y después de una pausa—: ¿Cuál es tu plan?

—Ir a la zona donde encontramos a la señorita Whitmore. Allí debe de hallarse la causa que le produjo el estado que ahora padece.

—Es posible; pero ¿has pensado en Brabham?

—¿Cree usted que está vivo?

—Eso te incumbe a ti demostrarlo.

—¿Cómo?

—¿Es que has olvidado las plaquitas de identificación de todos los condenados a perpetuidad?

—¡Es verdad, señor!

—Investiga eso. Es muy posible que el profesor esté detrás de todo ese asunto; me extrañaría lo contrario.

Hubo un corto silencio.

Luego Callowan dijo:

—En ese caso, no hay salvación para ella. Los técnicos del Servicio han determinado la sustancia empleada por Rex y se trata de una droga que altera, definitivamente, las facultades mentales de quien la toma.

—¡Canalla!

—Aunque, por otra parte, no creo que se atreva a jugar tan fuerte.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que, si hiciesen que la señorita Whitmore se volviese loca, producirían un escándalo tan grande, que nos veríamos obligados a intervenir en masa.

Y ellos no pueden desear tal cosa.

—Es verdad.

—Por lo tanto, si no me equivoco, lo de la muchacha es una diversión necesaria; es decir, una manera de impedir que ella

cuenta lo que ha visto. Porque ya comprenderás que, si esa chica se hubiera limitado a desembarcar en aquella isla donde la encontrasteis, no le hubiera ocurrido absolutamente nada.

—¿Cree usted que vio algo importante?

—¡Desde luego! —Y tras un corto silencio—: Quiero que procedas, antes que nada, a la investigación que nos demuestre que el profesor no murió en Marte, a poco de llegar. Después, siguiendo tu plan, que me parece bueno, ve a la Zona Profunda y mira lo que pasa por ahí.

—Perfectamente.

—La Policía Local ha recibido instrucciones para que se te procuren los medios de llevar a cabo esa investigación. Te ayudarán en la visita a los cementerios de la HCC y te proporcionarán un aparato para tu visita ulterior a la Zona Profunda.

—De acuerdo.

—Y no olvides que, pase lo que pase, ésta es la última oportunidad que te doy. Y, si permito que sigas ahí es, no sólo por no tener tiempo de sustituirte, sino porque es tu primera misión y comprendo ciertos fallos... aunque no los excuso. Adiós.

Y colgó.

Chase se levantó con una angustia creciente, con un pésimo sabor de boca, como cada vez que tenía que hablar con Donald Callowan.

Comprendía perfectamente los puntos de vista de su jefe y la disciplina y seriedad que debían reinar en el seno de la SIP para que ésta fuese la eficiente organización que era; pero, de todos modos, le amargaba la existencia de aquella reiteración de las faltas cometidas.

«Nunca seré un buen agente» —se dijo.

\* \* \*

Habían ido con seis helibuses y tres helicargos.

Se posaron en el terreno donde la HCC había instalado el cementerio destinado a los expenados que fallecían en su lugar de trabajo.

Los demás, los muertos procedentes de las zonas corrientes,

eran enviados a la ciudad y enterrados en el cementerio de ésta.

Cuando ya habían empezado los trabajos, un helibús se posó cerca de los que habían transportado a Mike y a la Policía Local. De él descendió Bruno Sorechi, que se dirigió hacia el agente del SIP, saludándole sin sonreír, con el entrecejo fruncido.

—¡Hala, señor Chase!

—¡Hola!

—He recibido un aviso del jefe de la Necrópolis. ¿Puede explicarme lo que ocurre?

—Estamos buscando unos restos.

—¿Cuáles?

—Los de un tal Ted Limmer.

Bruno sacó un cuaderno bastante voluminoso del bolsillo y lo consultó.

Luego dijo:

—Sí, tumba número 628.

—Ya nos lo ha dicho el empleado. El equipo forense de la Policía está procediendo a la exhumación.

—¿Puedo saber, si no es mucho pedir, por qué les interesa ese hombre?

—Lo ignoro. Recibí instrucciones de Washington a ese respecto, y sé lo que usted.

Bruno sonrió, con un esfuerzo visible.

—¡Qué tonto soy!

—¿Por qué?

—Porque no debí preguntarle tal cosa.

Hubo una pausa y después preguntó:

—¿Ha visto a la señorita Whitemore?

—No. Fui ayer y antes de ayer, pero no logré que me dejaran.

—Yo la he visto.

—¿Eh?

—¡Oh, no se extrañe, por favor! También podrá usted verla cuando quiera.

—¿De veras? ¿Le ha ocurrido algo?

—Lo mejor: está perfectamente bien.

—¡No me diga!

—Es cierto. También ha sido para mi una agradable sorpresa. Pero, esta mañana, cuando pasé por el hospital para pedir noticias, el médico me dijo que podía verla, ya que había salido definitivamente de su estado de shock.

—¡Fantástico!

—Es verdad.

—Y... ¿no le ha dicho nada?

El otro volvió a sonreír.

—Comprendo su natural curiosidad, señor Chase. Yo también estaba impaciente por saber qué pudo provocar aquel estado.

—¿Y qué?

—No recuerda nada.

—¡Oh!

—Pero no tema: no padece amnesia. Lo que ocurre, según me explicó el doctor, es que su inconsciente ha «limpiado» los malos recuerdos, haciendo desaparecer, al mismo tiempo, los efectos del trauma psíquico.

—¿Y no recuerda nada... de nada?

—Respecto a lo que le produjo el shock, nada.

Mike se mordió los labios. Y como si hablase consigo mismo comentó:

—Es muy posible que los técnicos de la SIP puedan investigar en la mente de la señorita .Whitemore y conocer lo que le produjo ese dichoso trauma.

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—Porque el doctor, que estaba interesadísimo en que la muchacha recobrase la memoria de todo eso, me dijo que cualquier falsa maniobra podía provocar una locura permanente.

—Comprendo.

¡Se cerraban las puertas a la investigación psíquica!

Chase miró a su interlocutor, pero éste no demostró emoción alguna. Por otra parte, uno de los policías se acercó a ellos en aquellos momentos.

—Ya tenemos el cadáver, señor.

—¿Lo han puesto en la caja metálica?

—Sí.

—Está bien. Podemos irnos.

—¿Quiere venir conmigo? —inquirió Sorechi.

—Lo siento. Pero tengo que ocuparme de los trámites para enviar ese cuerpo a la Tierra.

—No comprendo cómo pueden identificar un cadáver... que ha sido quemado.

—¿Eh?

El policía se alejaba ya y Mike le gritó:

—¡Usted! ¡Venga!

El otro volvió sobre sus pasos.

—¿Qué desea, señor?

—¡Usted me ha hablado de cadáver!

—Si...

—¿Qué es, en realidad lo que han recogido?

—Una urna con cenizas, señor...

¡Le hubiera dado de bofetadas!

Pero se contuvo, después de tragar saliva, con visible dificultad; hasta que consiguió sonreír.

—No importa. Enviaremos las cenizas... aunque no sirvan para nada.

—¿Alguna cosa más, señor?

—Nada. Gracias.

El policía se alejó.

Y Sorechi, que había dejado de sonreír, dijo:

—Crea que lo siento, amigo. Pero, si me hubieran preguntado, le habría dicho que en Marte se incineran todos los cadáveres, limitándonos a enterrar las urnas con las cenizas, como ordena la Ley.

Mike se encogió de hombros.

—¡Qué le vamos a hacer! Después de todo, yo cumpliré las instrucciones que me han dado... y en paz.

Y estrechando la mano que el otro le tendía, dijo:

—¡Hasta la vista, señor Sorechi!

—¡Adiós, amigo!

Mientras se dirigía a su helibús, Mike pensó que Bruno se iba contento, seguro de haber conseguido un nuevo triunfo.

Volvió a encogerse de hombros.

\* \* \*

John W. Weld tamborileó nerviosamente sobre la mesa de su immaculado despacho.

—No me gusta nada-dijo después.

Bruno, que estaba sentado al otro lado de la mesa, enarcó las cejas.

—Creo que no hay motivos para preocuparse, señor.

—¿Por qué?

—¿Qué quiere usted que vean en un montón de cenizas?

—No sé, Sorechi. Esa gente de la SIP son muy fuertes... y capaces de cosas imposibles.

—El profesor puede aclararnos mucho sobre esto.

—Por eso le he llamado, No tardará en venir y nos explicará su punto de vista.

—Respecto a la muchacha, lo que ha logrado es un éxito.

Weld perdió su expresión sombría e incluso llegó a esbozar una tenue sonrisa.

—Sí. Rex es muy bueno... aunque este asunto empieza a costarnos bastante caro.

—¿Se ha mostrado muy exigente el médico?

—Cien mil créditos.

—¡Bandido!

La sonrisa del Presidente se acentuó.

—Sí-dijo —. Es mucho dinero, pero está bien empleado. Si esa chica hubiera contado algo, todo se hubiese venido abajo.

—¡Vaya ocurrencia la de montarse en una cesta!

—Sí, fue un acto peligroso para nosotros; pero, afortunadamente, eso está ya liquidado.

—Mike habló de una investigación psíquica por parte de los especialistas de la SIP.

Weld se encogió de hombros.

—¿No les advertiste el peligro que corrían?

—Sí.

—Entonces no hay cuidado.

Bruno miró a su jefe. Luego dijo:

—Pero ¿es cierto ese peligro?

—¡Claro! Rex ha montado las cosas, en la mente de la muchacha, de forma a desencadenar una locura permanente en el momento que alguien se atreva a rozar la zona amnésica provocada por el profesor.

—¡Qué tío!

—Es un tipo estupendo... Mira, debe de ser él.

En efecto, una luz verde se había encendido en el despacho y el presidente de la HCC pulsó un botón, haciendo que la puerta se abriese suavemente.

Rex Brabham entró.

Era un hombre alto, de aspecto juvenil, con un rostro tostado por el sol y en el que brillaban, con una intensidad tremenda, unos ojos de azul acerado.

Sonriendo, se dejó caer en uno de los sillones, después de estrechar las manos de los dos hombres.

—¿Qué hay de nuevo?

Weld le relató la investigación que la SIP estaba realizando en el cementerio de los ex condenados.

El otro escuchó en silencio. Después confesó:

El estudio de las cenizas puede enseñarles muchas cosas.

—¿Hasta una identificación?

Rex sonrió.

—No... totalmente Pueden determinar, no obstante, el sexo del muerto, su metabolismo, lo que quiere decir que conocerán su peso, su altura y algunos datos, como el color de sus cabellos

—¡Qué bárbaros!

—No hay que preocuparse —dijo el profesor—. Recordad que colocamos un cadáver de un tipo que se me parecía bastante en algunas cosas. Ya contaba yo con eso.

—¿Temías que viniesen a meter las narices en las tumbas?

—Era de esperar.

—¿Por qué?

—Porque, cuando muriese aquel pobre tipo, al que sustituí, harían las investigaciones de costumbre, dándose cuenta de que no era yo...

—¡Ah!

—Pero, de todas maneras, nada importante podrán saber.

—¡Menos mal!

—En cuanto a la muchacha, podemos estar tranquilos.

—¡Han sido dos hermosas bazas ganadas!

—Sí, pero la partida no ha terminado.

—¿Qué quieres decir?

Rex miró al Presidente en silencio durante unos instantes. Luego preguntó:

—¿Qué harías tú si te encontrases en el lugar de ese agente de la SIP, John?

—No sé.

—Pues yo sí. Puesto que la muchacha no podría decirme nada, iría personalmente a visitar los lugares donde ella sufrió el trauma.

—¿Le crees capaz?

—Sí.

—¡Pero eso sería fatal para nosotros!

—Evidentemente.

—¿Entonces?

—No lo sé aún; pero ya he dado órdenes a mis muchachos. Si ese idiota comete el error de ir allí, no volverá jamás.

## Capítulo

# IX



NTRó Mike y saludando exclamó:

—¡Hola!

Ella le miró sonriente.

—Siéntese, Mike —¿Me permite que le llame así?

—¡Naturalmente!

Se dejó caer en Uno de los sillones de la habitación de la clínica, cerca del lecho donde ella se hallaba.

Mike preguntó:

—¿Se encuentra mejor?

—Bien por completo. No sé lo que pudo ocurrirme, Mike, pero debió de ser horrible.

—¡No piense más en ello!

—No puedo dejar de hacerlo. Me paso las horas esforzándome por recordar lo que pasó. Pero es inútil...

—¡Déjelo!

—¡Ojalá pudiese! Puedo recordar perfectamente hasta el momento en que iba sobre la cesta, corriendo sobre la corriente; después, vi una serie de pequeñas islas a mi lado. Luego...

Lanzó un suspiro y siguió:

—Luego nada... Es como si un muro de acero se interpusiese en la marcha de mis ideas.

—Abandone todo eso, Sophie. Se torturará en vano.

—¡Qué estúpida fui!

—¡Bah, todo pasó!

—El señor Sorechi me explicó cómo me habían buscado, desesperados y cómo me descubrieron en aquella isleta, sentada, a la orilla, completamente fuera del mundo.

—Así fue, en efecto.

—Cada vez que pienso que pudo ocurrirme algo horrible, caer al agua y quemarme con el ácido de las «filarías», como aquel pobre desgraciado.

—¿Quién? ¿El del accidente?

—¡No fue un accidente, Mike!

Y le explicó cuanto le habían contado los dos hombres.

—¿Se da cuenta ahora de la verdad?

Él asintió con un gesto. Luego dijo:

—Voy a rogarle una cosa, Sophie...

—¿El qué?

—No diga a nadie lo que acaba de contarme ¿Entendido?

—Sí.

—La visite quien la visite, no cuente nada... como si hubiera perdido la memoria de todo lo que sucedió en aquella visita.

—De acuerdo.

—Bien. —él se puso en pie—. Me alegro infinito de que saliese usted de aquel feo estado.

—¿Ya se va?

—Sí. Tengo mucho que hacer.

—Lo comprendo. Ya ha dejado de ser mi vigilante, ¿verdad?

—No lo crea. Y hablando de usted, ¿qué piensa hacer?

—Volver a la Tierra. ¿No cree que tengo bastante con este susto?

—Hace muy bien en regresar.

—¿Y usted?

—También volveré... cuando haya acabado mi trabajo aquí.

Le miró fijamente, con aquellos hermosos ojos.

—¿Verdad, Mike, que no debo preguntarle qué clase de trabajo ha de hacer? Sería una impertinencia por mi parte...

Él la sonrió.

Después, con voz cálida, contestó:

—No podría decírselo, Sophie.

—Lo comprendo muy bien.

Se acercó y estrechó la mano de la muchacha.

—Adiós, Sophie.

—Hasta la vista, Mike. Porque espero verle de nuevo.

—¡Naturalmente!

—En cuanto regrese a la Tierra, puede encontrarme fácilmente. Mi tío le dará mi dirección.

—Perfectamente. Se la pediré.

Y salió de la estancia.

Ella se quedó mirando la puerta que acababa de cerrarse detrás de él. Y sin poder contenerse, dejó que las lágrimas brotasen de sus ojos, comprendiendo entonces que jamás había sentido animosidad alguna contra él... sino todo lo contrario.

\* \* \*

El helibús se alejó de la ciudad, cuyas luces resplandecieron, largo tiempo, hasta no ser más que una especie de aureola rojiza en el horizonte.

Conduciendo con cuidado, Mike dirigió el aparato hacia la zona de los cultivos.

Había estudiado detenidamente el plano que se procuró y podía orientarse con suficiente facilidad para estar seguro de que acabaría posándose sobre la isla en la que habían encontrado a la muchacha.

Echando una mirada hacia atrás, vio el equipo submarino que había cogido ya que se imaginaba que debería usarlo si quería ahondar en la investigación que Callowan le había confiado.

¡Y estaba dispuesto a vencer!

Esta vez, costase lo que costase, llegaría hasta donde fuera necesario con tal de saber qué había trastornado temporalmente a la joven.

Además, con lo que ella le había contado, había ya bastante

para llegar a la conclusión de que la HCC ocultaba, detrás de una falsa pantalla de humanitarismo, un negocio sucio, en el que los hombres eran tratados peor que los esclavos de la Antigüedad.

No tardó más de una hora en llegar al lugar de destino y el aparato se posó sobre la minúscula isleta en la que encontraron a la señorita Whitemore.

Todo estaba silencioso.

Phobos y Deimos, en fase plena, lanzaban una doble luz que prestaba una duplicidad fantasmagórica a las cosas.

Pronto comprobó que la isla estaba completamente desierta.

Recorriéndola, se dio cuenta de que no podía adelantar nada a aquella hora y que lo mejor sería esperar al amanecer para lanzarse al agua y llevar a cabo una Investigación cuidadosa.

Aunque, pensándolo bien, Sophie no se había metido en el agua y lo que la trastornó debía hallarse fuera de ella.

—¿Entonces?

Esperó, en el interior del helibús, la llegada del alba, fumando cigarrillo tras cigarrillo y reflexionando sobre los detalles que ya conocía.

De no haber sido por lo sucedido a Sophie. Whitemore, el asunto se explicaría con toda facilidad:

Primero: la HCC explotaba salvajemente a los hombres, lanzándolos al buceo sin protección alguna, ya que la sustancia segregada por las «filarías» destruían todo el material sumergido. Esto constituía un delito lo suficientemente importante para meter a todos en la cárcel:

Segundo: los miembros de la HCC jugaban con la separación de las familias, utilizando tal circunstancia como un chantaje, obligando a los buceadores a exponer su vida ante el temor de no poder ver a sus familiares.

Otro delito que costaría caro al Presidente y a los demás.

¿Y el profesor?

Allí empezaba lo interesante.

Si la SIP demostraba, y lo demostraría, que las cenizas no correspondían al cuerpo de Rex Brabham, aquello pondría en evidencia la presencia del funesto personaje en el seno de la HCC.

Mike no pudo evitar una sonrisa al pensar en la manera en que

había engañado a Bruno, haciéndole creer que se había enfurecido al ver que sólo había cenizas, en vez del cadáver que esperaban hallar.

¿Qué importaba?

La Spacial International Police no se chupaba el dedo.

¡Ni muchísimo menos!

Hacía mucho tiempo que cada vez que un hombre era condenado a perpetuidad, pasaba, antes de ir a la prisión a la que iba destinado, por los laboratorios de la SIP.

Allí, hombres que sabían lo que se hacían, después de proceder a una anestesia general, colocaban, en el frontal del individuo, una placa microscópica, cien veces más pequeña que la cabeza de un alfiler, eh la que iba inscrita una simple cifra que demostraría la identidad de aquel humano en cualquier circunstancia.

El metal utilizado no era fundible en ningún caso.

Así, cuando las cenizas del cuerpo encontrado en el cementerio pasasen bajo el objetivo del microscopio electrónico, se hallaría la placa y se sabría; sin lugar a dudas, si aquel hombre había sido el profesor Brabham u otro.

¿Qué sabían los criminales, por muy listos que fuesen, de los procedimientos fantásticos con los que la ciencia había dotado a la policía más famosa de todos los tiempos?

Estaba empezando a amanecer.

Mike abandonó el aparato y recorrió nuevamente la totalidad de la isla. Sin descubrir nada.

Luego, regresó al helibús y se vistió el equipo que había llevado consigo y que era uno de los mejores y más modernos, enviados por la SIP a la Policía de Marte.

Convertido en un monstruo acuático, se acercó a la orilla y se dejó caer suavemente.

La oscuridad del agua le envolvió como un sudario.

No estaba dispuesto, por el momento, a encender la poderosa pila que llevaba, prefiriendo permanecer en la oscuridad, pasando desapercibido, de tal manera, a los que podían estar en aquellos momentos vigilándole.

Nadó, con una facilidad extraordinaria, avanzando bajo la corriente que, momentos después, le atrapaba, arrastrándole, a

pesar de cuantos esfuerzos hizo por evitarlo.

No tenía más remedio que dejarse llevar, pensando que podría regresar a la isla en cuanto consiguiese atraparse a una de las plantas que, fuera de la corriente, veía a ambos lados.

Pero no lo consiguió.

Finalmente, cuando estaba casi desesperado, se vio lanzado hacia un lado, abandonando la corriente de la misma absurda manera en que había sido atrapado por ella.

Se encontraba en una zona amplia, limpia de plantas. Y aquello le congratuló, ya que no había olvidado lo que la muchacha le contó, referente a la fuerza destructiva de la sustancia que segregaban las «filarías».

Allí, por lo menos, podría estar tranquilo por el momento.

La luz del día penetraba ya hasta casi llegar al fondo del suelo, cubierto, como pudo comprobar, por una capa de arena muy fina. Manteniéndose entre dos aguas, se movió de un lado para otro, sin, no obstante, acercarse demasiado a la zona de la vegetación donde sospechaba la existencia y abundancia de las temidas «filarías».

El tiempo parecía interminable.

Hasta que, de repente, una forma surgió de entre las plantas, permaneciendo en la zona sombría, como si deseara pasar desapercibida a Mike.

Pero éste la había visto.

De momento, no se atrevió a dar crédito a sus ojos, prefiriendo creer que se trataba de un habitante natural de aquellas aguas: un pescado grande, que debía anidar por entre la vegetación que el hombre habla colocado bajo el lago.

Pero no.

Porque no tardó en verle, decidido, avanzar hacia él, descubriendo su verdadera forma y naturaleza.

¡No era posible!

Aquel ser, cuyo torso pertenecía indudablemente a un ser humano, no lo era de cintura para abajo, donde adquiriría el aspecto clásico de una «sirena».

En efecto, la cola pertenecía a un pescado.

Pero Chase se dio cuenta de otro detalle, a medida que el «hombre-pep» avanzaba hacia él.

Debajo de los brazos y a la altura de las costillas; una serie de hendiduras rosadas se abrían y cerraban, acompasadamente, desprendiendo burbujas de aire que subían hacia la superficie.

¡Branquias!

Aquella criatura había sido dotada de branquias, como los peces, permitiéndole absorber directamente el oxígeno del agua, sin tener que subir a la superficie, como cualquier otro ser humano.

Más cerca aún, el ser demostró que tenía todo el cuerpo cubierto de escamas, incluso la cabeza, donde éstas habían sustituido por completo el pelo. Los brazos, el torso, las manos, todo estaba recubierto de una chapa de finas escamas en las que la luz que descendía de la superficie se truncaba en mil brillos distintos.

El «hombre-pezu» avanzaba quedamente, moviéndose con una pasmosa facilidad en un medio que se había convertido en el suyo.

¡Ahora comprendía Mike el terror de Sophie!

Y otras cosas más...

Pero la actitud del «hombre-pezu» no se prestaba a equívoco alguno y el agente de la SIP comprendió ' que el otro estaba dispuesto a atacarle.

Por eso, dejando aparte todas las consideraciones que la presencia de aquel monstruo había despertado en su mente, Chase se dispuso a luchar, sabiéndose de antemano en condiciones de inferioridad.

Fue entonces cuando vio que el otro tenía un enorme cuchillo en la mano derecha, que brillaba cuando la luz lamía la larga lámina de acero.

Recordando que había llevado su «Lüger» especial, Mike no pudo evitar una sonrisa de decepción.

¿De qué iba a servirle la pistola bajo el agua?

Tendría que pelear, cuerpo a cuerpo, evitando, a toda costa, que su enemigo cortase las gomas de los depósitos de aire, provocando una muerte mucho peor que la que le produciría el arma en el cuerpo.

Sin dejar que el otro se pusiera a su espalda, cosa que parecía perseguir el «hombre-pezu», Mike nadó, ofreciéndose siempre de frente a su adversario.

Hasta que éste se lanzó al ataque.

Lo hizo de una manera tan impetuosa, que Mike se vio obligado a retroceder para evitar la acerada hoja del cuchillo.

Pero, de todos modos, sonrió satisfecho al ver que su contrario no había conseguido sus propósitos.

No fue larga su sonrisa.

Porque, en aquel momento, seis «hombres-peces» surgieron detrás del que tenía frente a él.

Todos ellos armados de cuchillos.

Aterrado, Mike retrocedió, percatándose, demasiado tarde, de que había penetrado, de espaldas, en la zona de vegetación espesa en la que, aunque pudiera ocultarse mejor que al descubierto, corría el horrible peligro de ver destruido su equipo por ácido segregado por las «filarias».

No tenía otra salida,

Perdió de vista a sus adversarios, temiendo que surgieran, en el momento menos esperado, de cualquiera de las espesas masas de vegetación que le rodeaban.

Pero no sucedió nada.

Es decir; se dio cuenta, tarde, demasiado tarde, de que los «hombres-peces» deseaban sólo hacerle penetrar en aquella maldita zona.

¡Su traje caía a pedazos y un picor insoportable empezaba a pinchar su piel!

¡Estaba irremisiblemente perdido!

## Capítulo

# X



ONALD echó una ojeada a su reloj de pulsera.

Las once de la noche.

La astronave espacial, en la que había abandonado Washington y la Tierra, seis horas antes, estaba posándose, en aquellos momentos, sobre el Espaciódromo de Marte.

Detrás del jefe de la SIP, los hombres del equipo especial de investigación psicológica y los de radiación, permanecían en silencio.

Momentos después, cuando el aparato se detuvo definitivamente y la pasarela fue echada, Callowan, seguido por los doce hombres que le acompañaban, saltó al suelo, dirigiéndose a los coches que la Policía Local había preparado al recibir el aviso de Donald, desde la Tierra.

Uno de los policías se sentó a su lado.

—¿Y Chase? —inquirió Callowan.

—Pasamos por su hotel, en cuanto recibimos sus órdenes, señor.

—¿Y qué?

—No estaba.

—¿Y el helibús que pusieron a su disposición?

—Había salido.

Donald se mordió los labios.

—Comprendo —dijo—. Es una lástima que llegásemos a conclusiones completas demasiado tarde —. Y tras una pausa—: ¿Y la señorita Whitemore?

—En el hospital.

—¿Vigilada?

El otro sonrió.

—El señor Curson en persona —dijo— está a su lado.

Curson era el Jefe de la Policía Marciana.

—Bien. Vamos allá.

La caravana de coches atravesó la ciudad en tromba, deteniéndose finalmente ante el edificio del Hospital.

Penetraron todos.

Instantes después, Callowan, con el jefe de su Servicio Psicológico, entraba en la habitación que ocupaba Sophie, que estaba charlando animadamente con el jefe de policía.

Éste se levantó, al ver entrar a los dos hombres, estrechando la mano de Callowan,

—¿Todo ha ido como usted quería, señor? —inquirió.

—Sí —. Y acercándose a la muchacha, dijo—: Tenemos que someterla a una prueba, señorita Whitemore. Soy Donald Callowan, de la Spacial International Police.

Ella sonrió.

—Le he reconocido enseguida, señor Callowan.

—Mejor que mejor. Escuche, señorita: voy a hablarle con toda claridad, ya que, si se somete usted a una prueba, ha de ser voluntariamente —. Y tras una corta y emocionante pausa, prosiguió—: Uno de mis agentes al que usted conoce...

—¿Mike? —le interrumpió ella, con una mueca de ansiedad.

—Sí, eso es: Mike Chase.

—¿Le ha ocurrido algo?

—No lo sabemos, pero lo cierto es que está metido en un buen «jaleo». Y sólo usted puede ayudarnos a saber si estamos bien orientados o nos movemos por una pista falsa.

—¡Estoy dispuesta!

—Pero yo quisiera...

—¡Por favor! Dense prisa! ¡Los minutos pueden contar para él!

Callowan no pudo evitar una sonrisa.

¡Diablo con sus agentes!

No podía realizar una misión sin que uno de ellos se enamorase de alguna muchacha, causando baja en el Servicio ya que, salvo excepciones contadísimas, los reglamentos impedían que un hombre casado pudiera seguir en las filas de la Spacial International Police.

¡Qué le iba a hacer!

Volviéndose hacia el jefe del Servicio Psicológicos le hizo un gesto y dijo:

—Podemos empezar.

Salió el otro, para volver momentos más tarde con una máquina de proyección que llevaba uno de sus ayudantes. Otros dos hombres, con un aparato, que debía de pesar lo suyo, fueron hacia la muchacha y lo colocaron sobre la mesilla de noche. Lo abrieron después.

Sacaron una enorme cantidad de hilos y los conectaron a un casco metálico que colocaron luego sobre la cabeza de la muchacha.

Callowan se acercó a ella, sonriente.

—No tema nada, señorita... —dijo.

Ella le devolvió la sonrisa,

—¡Estoy dispuesta a todo!

Donald dijo:

—Ya lo sé, y se lo agradezco de veras. Pero antes desearía explicarle lo que vamos a hacer.

—Bueno.

—Siguiendo el hilo de nuestras deducciones, hemos hecho realizar una película de dibujos, algo curioso que vamos a proyectar ante usted. Como sabemos, por otra parte, que una investigación psicológica directa podía serle fatal, por algo que ya le explicaremos, nos limitaremos a examinar, gracias a ese aparato, la intensidad emocional que las imágenes que va a ver producirán en usted.

—Comprendido.

—Perfecto. De esta manera, evitaremos, por completo, que se produzca otro trauma, cosa que ocurriría si la sometiésemos a otras maniobras.

—¡No me importa lo que me ocurra, con tal que Mike se salve! Callowan sonrió.

—Lo comprendo, señorita...

Ella, al darse cuenta de lo que había dejado escapar, se sonrojó. Y llevándose las manos a la boca se excusó:

—¡Oh! ¡Perdonen!

—No se preocupe. ¿Está preparada?

—Cuando quiera.

—¡Apaguen la luz!

La oscuridad se hizo.

—¡Empiece ya la proyección!

Sobre la pantalla, previamente colocada, las imágenes parpadearon antes de concretarse.

Luego, sobre un fondo que imitaba perfectamente el fondo del agua, surgieron imágenes, todas ellas con rostros humanos.

Pulpos...

Callowan, que estaba junto al psicólogo, miraba las agujas que se, mecían suavemente en sus diales.

Nada.

Estrellas de mar, con rostro humano.

Nada.

Rayas...

Una pequeña oscilación.

Y cuando la imagen siguiente, «hombres-peces», apareció en la pantalla, las agujas saltaron, como locas.

Donald sonrió.

—¡Luz! —ordenó.

Cesó la proyección y Sophie, con los ojos abiertos mirando al jefe de la SIP preguntó:

—¿Qué ha pasado, señor Callowan?

—Nada, señorita Whitemore. Usted lo ha hecho muy bien, pero con su inconsciente.

—¿Lo he hecho bien? ¿De veras?

—¡Maravillosamente!

Y dirigiéndose al psicólogo ordenó:

—Quédense aquí, sin separarse de la muchacha.

Yo me llevo al equipo de prospección y a las fuerzas de la policía local.

—¿Puedo ir yo, señor?

Era el jefe de la policía.

—¡Venga usted! ¡Aprisa!

Quince minutos más tarde, once helibuses abandonaban la ciudad. En cuatro de ellos, los especialistas del Servicio de Prospección radiactiva estaban inclinados, seriamente, sobre sus aparatos.

Pasó mucho tiempo y ya había amanecido cuando Callowan recibió el primer mensaje.

—¡Señor!

—¿Sí?

—Hay una marca de vacilación en el Geiger.

Donald preguntó:

—¿Lejos?

—Un par de millas.

—¡Bien! De la dirección a todos los demás. Nosotros le seguimos.

—¡A la orden!

La flotilla de helibuses tomó una nueva dirección.

Y, a partir de aquel momento, las informaciones llovieron sobre Donald Callowan.

—¡Intensidad tres, señor! ¡Buena dirección!

—¡Intensidad seis!

—¡Intensidad ocho!

El jefe de policía le miró, extrañado, sentado a su lado.

—¿Le encuentran, señor Callowan?

—Estamos cerca. Todos los agentes de la SIP, puedo decírselo a usted, llevan, desde que ingresan, un cuerpo de radiactividad activa, pero no mortal, incrustado bajo el cuero cabelludo. Se trata de una operación quirúrgica de una sencillez muy grande.»Añora,

gracias a unos Geigers especiales supersensibles, podemos saber dónde se halla Mike Chase.

—¿Y todos ustedes llevan ese cuerpo radiactivo?

—Todos.

—Entonces ¿no se interfieren las radiaciones entre ellas, dificultando la búsqueda? Porque supongo que sus cuerpos deben estar emitiendo como el de ese agente. Y estando más cerca de los aparatos de prospección...

—¡Excelente pregunta, amigo! Se ve que es usted policía. Lo que ocurre es que todos nosotros hemos tomado una dosis de una sustancia que anula, durante, unas horas, cuarenta y ocho exactamente, la emisión de nuestros cuerpos incrustados. Así, los aparatos no perciben más que la del hombre que buscamos.

—¡Es estupendo y sorprendente!

—No hay más remedio que utilizar procedimientos como éste; Los bandidos, como usted sabe, en esta época son eminentemente científicos. Y sólo la ciencia, al lado del Bien, puede luchar contra la ciencia que ha tomado el camino del Mal.

—Lo entiendo.

En aquel momento, el altavoz chilló:

—¡Intensidad máxima! ¡Le tenemos debajo!

—¡Ordene que se lancen los equipos de la policía!

Desde los helibuses, una verdadera lluvia de hombres cayó al agua, desapareciendo bajo la superficie, que quedó cubierta de círculos concéntricos que chocaban los unos contra los otros.

\* \* \*

El escozor era intolerable.

Rabiosamente, considerándose impotente, Mike nadó, con ganas de tropezarse con Un «hombre-pep» y pelear con él, luchando así al menos antes de morir.

En varias ocasiones estuvo cerca de alguno del ellos, que seguían escondidos en las proximidades, Pero siempre se le escaparon, con aquella velocidad portentosa, dejándole tan desesperado como desamparado.

Un poco más tarde le pareció que el agua se teñía de rosado

ante él. Comprendió entonces que el maldito ácido de las «Filarias» estaba atacando su piel, haciéndola caer a trozos y provocando lesiones de las que jamás podría sobrevivir.

Furioso, nadó hacia el lugar donde le parecía estaba el claro en el que encontró a su primer enemigo. Y tuvo la suerte de llegar allí, aunque una debilidad creciente se apoderaba ya de él.

Apenas si podía moverse.

Le pesaban los brazos como plomo y la respiración se iba haciendo aún más difícil, aunque por fortuna su aparato respiratorio seguía indemne.

Se sentía desfallecer.

Dos o tres veces tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para abrir, los ojos, viendo a los «hombres-peces» que habían formado un círculo a su alrededor, como una banda de tiburones que sólo esperaren que su presa estuviese lo bastante débil para lanzarse sobre ella y despedazarla.

Intentó lanzarse sobre el más próximo, pero no pudo.

Luego, de repente, vio llegar otros muchos enemigos, que parecían caer del aire.

Se encogió de hombros, nada le importaba ya.

Y cerrando los ojos, se dejó arrastrar por aquella debilidad que se había apoderado de él.

El agua, a su alrededor, era cada vez más roja.

## EPÍLOGO

Callowan encendió su hermoso habano.

¡El de los días de triunfo!

Luego, sonriente, miró a William P. Whitmore, que estaba ante él, con un vaso en la mano.

—¿Qué le parece, señor Whitmore? —inquirió.

—¡Sencillamente increíble!

—Una buena serie de artículos para su sobrina.

—Desde luego.

Y tras una pausa preguntó:

—¿Así que consiguieron localizar a ese pobre agente en el momento oportuno?

—Sí. Mike había sufrido lesiones graves, pero afortunadamente no mortales. Desconociendo lo que había provocado el shock en su sobrina, no podía, naturalmente, conocer los medios para combatir a esos «hombres-peces».

—¡Qué horror de monstruos!

—¡Pobrecillos! Por desgracia, nada podemos hacer por ellos.

—Pero...

—El profesor no tiene conciencia y transformó a sus antiguos compañeros de prisión en esos seres, arrancándoles, al mismo tiempo, su personalidad, convirtiéndoles en autómatas.

—¿Y por qué lo hizo?

—Porque era la única manera de hacer marchar los cultivos: Las escamas de los peces es la única sustancia que no es atacada por el ácido de las célebres «filarias». Además, dotándolos de bronquios, podía hacer que permaneciesen siempre bajo el agua.

—¡Es inhumano!

—Y que lo diga. Pero después de convertir a todos los ex

presidarios en «hombres-peces»,. Brabham empezó a hacerlo con los colonos libres, haciéndolos pasar por muertos.

—¡Espantoso!

—Hemos encontrado cientos y cientos de tumbas vacías, sin ninguna clase de ceniza o con cenizas falsas, de cuerpos que nunca fueron humanos.

—¡Ese profesor es un monstruo!

—Sí, amigo mío. Debimos llevarle a la Cámara Electrónica cuando lo juzgaron. Pero el jurado tuvo lástima de aquella mente privilegiada.

—— ¡Ahora no la tendrá!

—Seguro que no, pero hubiésemos podido evitar muchas cosas.

Se puso en pie, sonriente.

—Yo voy a ver cómo va Mike. Está aquí, en nuestra enfermería. ¿Me acompaña?

—¡Desde luego! Tengo muchísimas ganas de darle las gracias a ese valiente joven...

Y cuando estuvieron en el pasillo preguntó:

—¿Cree que admitiría una recompensa, señor Callowan?

El otro se volvió, sonriente.

—¡Claro que sí! Aunque...

No siguió porque ya se encontraban en la enfermería, no tardando en penetrar en la habitación del muchacho.

Adrede, Callowan no llamó, abriendo la puerta de golpe y haciéndose a un lado, para dejar pasar a su acompañante el primero,

—¡Oh! —exclamó éste.

Sophie estaba sentada al lado de Mike. Y la cabeza de la joven, sobre la del agente, tapaba la de este.

Al oír ruido, ella se volvió, ruborizada, pero sonriente.

—¡Sophie, hija mía! —exclamó su tío, con el entrecejo fruncido.,

La muchacha preguntó:

—¿Qué, tito?

—Yo —empezó a decir Mike, tan ruborizado como lo había estado la muchacha.

Pero ella, volviéndose hacia él, dijo:

—¡Tú, Mike, te callas! Yo explicaré a tío William que nos queremos, que nos vamos a casar y que...

—¿Y los artículos, Sophie? ¿Y tu carrera?

Ella señaló al joven.

—¿Artículos? ¿Carrera? Mike y yo escribiremos un libro, un hermoso libro, con todo lo que ha ocurrido... Un libro...





El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

El enmascarado entró en el despacho del Jefe de la SIP y ordenó: ¡ARRODÍLLATE!  
¡Y EL JEFE DE LA SIP SE ARRODILLÓ! ¿Qué estaba ocurriendo?

### ¡MIEDO EN LA SIP!

¡La más original y escalofriante novela de ALAN COMET!

**S.I.P.**

SPACIAL  
INTERNATIONAL  
POLICE

**6 PTAS**

EDICIONES  
TORAY, S.A